

cianos y á las viudas que se quedan sin recursos y se sostiene un hospital para los heridos, donde todo es gratuito.

Volviendo ahora á Paris diremos que con el restablecimiento del orden en el Creusot han coincidido las primeras grandes fiestas del invierno. Bailes en todas partes, en Tullerías, en el Hotel de Villa, en los ministerios; recepciones, banquetes, de todo ha habido en la semana, ¡Qué buena cosecha de noticias para LA MODA DEL CORREO! Las modistas de Paris creían que se iban á quedar con sus trajes, las floristas con sus flores, Guerlain con sus perfumes; pero afortunadamente nada de esto ha sucedido, y en el próximo número de LA MODA se verá la descripción de estas grandezas de la vida parisiense.

Lo que sí podemos decir desde luego en esta revista, es que las fiestas en cuestion han debido aumentar el número de los resfriados hasta elevarle á la altura de una epidemia. Justamente los frios se han dejado sentir de un modo imponderable no menos de noche que de día. Un cierzo glacial aumenta considerablemente el rigor ya bastante extremado de la temperatura.

Y sin embargo, el hielo no se consolida lo suficiente para que los patinadores de Paris se hallen de enhorabuena. Mas no cantemos victoria todavía los que no somos aficionados á semejante ejercicio; raro es el año que los patinadores se quedan chasqueados por completo.

Los que han leído los *Misterios de Paris*, la célebre novela de Eugenio Sue, que en cuanto á cuadros de costumbres parisienses tiene tanto de histórica, vivirán quizás en la persuasión de que conocen efectivamente las cosas misteriosas de esta inmensa ciudad, en la que se abriga una población considerable que se busca la existencia por medios ilícitos y que se halla en guerra declarada con la justicia.

Sin embargo es un error, pues muy á menudo las crónicas judiciales nos descubren que hay sitios ignorados, verdaderas cavernas, donde no ha penetrado nunca la luz del día, que sirven de refugio á hombres y mujeres ante los cuales palidecen las ficciones de Eugenio Sue.

Esta misma semana se ha hecho en Paris uno de esos descubrimientos que hacen tanto honor á la sagacidad de la policía.

El establecimiento en cuestion, digno compañero del *Conejo Blanco* de famosa memoria, se titula el *Castillo encarnado* y se encuentra en un barrio excéntrico, en la plaza Maubert, esquina á la calle Galande.

Aquí se reúnen ciertos individuos que no admiten en su seno mas que á aquellos que están iniciados en las costumbres del oficio y que pertenecen también á ciertas cuadrillas.

Dos entradas tiene esta casa de aspecto lúgubre.

En el piso bajo se halla el comedor, especie de taberna, en cuyo centro hay una mesa para cuarenta ó cincuenta personas.

En un rincón se ve otra mesa de servicio.

El techo está negro del humo del tabaco, y las paredes cubiertas de letreros trazados con carbon, entre los cuales se mezclan algunos dibujos obscenos.

La cueva, que cae debajo del comedor, ofrece la siniestra apariencia de los lugares que solo frecuenta la gente de mal vivir.

En ella se celebran los conciliábulos, se distribuyen los papeles y se deciden las fechorías que se ejecutan cada noche.

La dueña de la casa es una enorme Maritornes que parece indiferente á todo cuanto la rodea, y que solo se ocupa en cobrar, del modo que la es posible, el gasto que hacen los parroquianos en su establecimiento.

Conocido el teatro, vamos á ver el drama.

Noches pasadas un agente municipal que se paseaba por el bulevar Montrouge, vió á una joven que sacó un envoltorio, y se le entregó á un individuo que le escondió en sus vestidos.

Inmediatamente se acercó y preguntó qué era aquello y en dónde lo habían comprado, y como la contestación fuese una mentira que pudo averiguar en el acto en la misma tienda donde suponían haber hecho la compra, llevó á la joven con su compañero al celador del barrio.

La prisión de este último acongojaba mucho á la joven.

— Si se le pone en libertad, decía, yo prometo entregar una cuadrilla entera de treinta hombres.

La que hablaba así era una moza que decía llamarse Victorina, de bonita presencia y de modales para su clase muy distinguidos.

Al punto se comprendió que esta mujer podía prestar un gran servicio entregando toda una asociación de malhechores á la justicia.

Conocido es el papel que las muchachas como ella representan en esas sociedades.

Primeramente, como todas ellas están dotadas de una destreza extraordinaria, surten á la cuadrilla de ropa y calzado que roban en las tiendas, y luego engañan en los bailes y establecimientos públicos á los admiradores de su hermosura, llevándoles á sitios en donde son presa de los afiliados.

Los nombres que Victorina ha tomado hasta el día, no podrían contarse: cada vez que cambia de casa, porque ha cometido alguna fechoría, cambia también de nombre; pero esto es un detalle indiferente al asunto.

Aprovechando pues tan buena ocasión, se convino en proceder al arresto de la cuadrilla, principiando por dos individuos designados por Victorina.

El lugar donde se les debía encontrar era el Castillo Encarnado.

Con efecto, á la hora preñada, Victorina entró en el establecimiento de que hemos hablado ya, del brazo de un agente disfrazado.

Al rededor de la mesa habia unos veinte hombres comiendo y bebiendo.

Victorina distinguió al instante á los dos sujetos en cuestion, y les dijo:

— Tengo que hablaros.

— Habla.

— No, hay mucha gente aquí.

— Pues vamos á la cueva.

— No, vamos á la calle.

Con efecto, se levantaron y salieron, y el agente, que iba detrás haciendo el beodo, les puso presos en el acto.

¿No es este un cuadro de costumbres digno de un pintor ó de un novelista?

De todos modos, lo cierto es que esta primera presa promete otras no menos importantes.

Para que se comprendan bien los servicios que puede prestar á la justicia, dice un cronista del periódico la *Petite Presse*, de donde extractamos estas noticias, bastará decir la revelación que ha hecho Victorina de un robo concertado por los jefes de su cuadrilla, y que debía perpetrarse la noche del día en que la prendieron.

El plan era el siguiente:

Proponíanse romper un cristal de una ventana que cae á un patio, y como suponían que el ruido despertaría al inquilino, debían hacer el gato y emprender la fuga, de modo que si el hombre se levantaba, atribuiría naturalmente el destrozo á algun gato encerrado por descuido en su almacén.

Dos horas despues, tiempo que juzgaban suficiente para que el inquilino volviese á dormirse, volvían, entraban en la tienda y recogían lo que era de su agrado.

Este plan estaba bien combinado, pues aun suponiendo que el hombre se despertara segunda vez, habian ellos calculado que ya no haria caso del gato, y no se moveria de la cama.

Parece ser que Victorina posee el secreto de varios crímenes cuyos autores han podido escapar hasta hoy á la acción de la justicia; y se esperan de ella importantes delaciones.

Sin embargo, se ignora si lograrán arrancarle sus secretos, pues en tanto que no pongan en libertad á su amante, dice que no hará revelaciones.

Los teatros siguen animados, y las novedades se suceden en ellos incesantemente.

A las que venimos señalando desde hace tres meses, tenemos que añadir hoy un drama en un acto escrito en verso por M. E. Manuel, titulado los *Obreros*, y que acaba de estrenarse con un feliz éxito en el Teatro Francés.

Obreros en el Teatro Francés, parece cosa inusitada; pero verdaderamente la producción de M. Manuel merece esta excepción á la regla.

La forma es brillante: su versificación espontánea y enérgica nos promete en el poeta novel un escritor dramático; pero el mérito principal está en el pensamiento.

Juzguen nuestros lectores:

La historia es sencilla hasta lo sumo; y precisamente esta condición contribuye mucho á hacerla interesante.

Un obrero, Morin, ha abandonado á su esposa despues de haberla herido, y no se ha vuelto á presentar hace muchos años en el hogar doméstico.

A poco tiempo Juana da á luz un hijo, y el amor de madre la ha dado fuerzas para luchar vigorosamente con la pobreza. Todos sus cuidados han tenido premio: su hijo, Marcelo, la respeta como una mujer virtuosa, y la quiere como á una madre á quien debe un oficio con el que empieza á ganar para el sustento de ambos.

Marcelo cree muerto á su padre.

No tarda Marcelo en encontrar una joven de su condición, virtuosa, honesta y laboriosa, á quien ofrece su mano.

Elena, que así se llama la joven, no puede comprender tanta felicidad. ¡Casarse sin dote! Jamás tan ambicioso pensamiento habia cruzado por su mente.

El autor nos pone de manifiesto la misera condición de la obrera parisiense. Una vida entera consagrada al trabajo, á un trabajo insuficiente para proporcionarse una subsistencia asegurada contra una enfermedad, contra una huelga forzosa, y enfrente al espectáculo del lujo y de la opulencia tan brillante en esta gran población: ¡cómo no sucumbir, cómo resignarse á las privaciones, cuando los placeres y los goces están tan cerca!

Elena es una huérfana que debe mantener á dos hermanos pequeños; sin embargo, no se considera dueña absoluta de su libertad: el hombre que la da trabajo, que se ha compadecido de su situación y que la protege, tiene derecho á ser consultado cuando se trata de casamiento.

Ahora bien, este bienhechor, hombre que pasa por bondadoso y caritativo y de costumbres severas, es aquel marido de Juana, que cometió la doble villanía de herir á su esposa con un puñal en un instante de arrebató y de abandonarla luego.

Puesto en presencia de Juana, esta reconoce inmediatamente al hombre que tan desgraciada la ha hecho.

En vano el marido se muestra arrepentido y pide con lágrimas la reconciliación: Juana indignada permanece impa-

sible recordando todo su pasado, tantos y tantos años de soledad, de amargura y de miserias.

La relación que hace entonces el esposo de toda su historia es una de las bellas páginas de este drama.

¿Qué tuvo en su infancia?

Malos ejemplos, ninguna educación: un día se encontró en medio de la muchedumbre grosera é ignorante y se confundió con ella.

Se entregó al desorden, y fué bajando la escala hasta que llegó á cometer un crimen.

Creyó que habia dado muerte á su esposa, huyó de su casa horrorizado de sí mismo, temeroso de la justicia, y por fin, intentó rehabilitarse con el trabajo.

La mitad de su vida fué un malvado; pero despues se corrigió, ha sido un hombre de bien, caritativo, generoso: Elena á quien ha recogido y de quien ha cuidado como si fuera su hija dará testimonio de lo que dice.

Con efecto, Elena interviene, así como Marcelo, en favor del anciano arrepentido, y entonces Juana perdona y los jóvenes se disponen á realizar su enlace.

Hé ahí el drama, que ha sido oído con aplauso porque no se trata solo de versos fáciles y armoniosos, sino de una acción animada en la cual al través del argumento que acabamos de analizar, despuntan las graves cuestiones que constituyen el cuidado principal de las sociedades contemporáneas.

Todo contribuye, pues, al triunfo del autor, esto sin contar los actores señoras Nathalie y Reichenberg y señores Maubant y Coquelin, que merecen seguramente una parte de elogios nada escasa.

En los demás teatros siguen representándose las diferentes producciones de que hemos hablado ya; y en cuanto á los teatros líricos no nos han dado en la última semana ninguna función que no nos sea conocida.

Sin embargo, en los Italianos está anunciada para hoy juéves una representación verdaderamente extraordinaria.

Se cantará el *Barbero* haciendo la parte de Rosina, «por una vez nada mas» dicen los carteles, la señorita Zina Paoli que, segun tenemos entendido, sale al teatro por puro capricho y contra la voluntad de una de las familias soberanas mas poderosas que hay en Europa. Todo esto es muy misterioso á la hora en que escribimos; pero creemos que la semana próxima podremos dar detalles.

MARIANO URRABIETA.

¿Qué será el invierno de 1869-70?

Varios meteorologistas eminentes han creído notar en el conjunto de los fenómenos que se han producido en estos últimos años, una analogía con lo que aconteció en 1828 y 1829, época de horribles frios, y han deducido que el invierno de 1869-70 será semejante al de 1829-30. ¿Se realizará esta profecía? Nadie podría afirmarlo ni contradecirlo de una manera absoluta; sin embargo, los fenómenos observados desde algun tiempo nos permiten dudar de que los habitantes de la Europa meridional nos veamos trasladados, en cuanto al frío, á la Siberia ó á la Nueva Zelanda.

A fines de octubre y principios de noviembre experimentamos frios excepcionales; pero ese período glacial, que para algunos presagiaba frios excesivos, ha parecido á otras personas entendidas que indicaban lo contrario. La experiencia ha demostrado, en efecto, que los frios precoces son en general de corta duración, y que casi siempre son seguidos de inviernos variables, cuya temperatura media es mas bien suave que rigurosa.

¿Sucederá lo mismo este año? Creemos que sí. Podrá muy bien ser riguroso este invierno durante el corriente mes de enero, pues ese hecho se ha producido muchas veces; pero la lluvia que ha caído estos días no es á propósito para preparar la llegada de frios excesivos. Bajo la influencia de las nieves y las nieblas conserva la tierra la temperatura adquirida y se enfria lentamente. Además, por una parte, esas masas vaporosas impiden la radiación del calor del suelo hacia los espacios celestes, y por otra, la condensación de esos mismos vapores en gotitas de lluvia deja libre una gran cantidad de calor que eleva ó mejor mantiene la temperatura moderada que tenemos.

Los frios de fin de octubre y de los primeros días de noviembre, y la nieve que ha caído en diversas provincias, no han podido mantener constantemente la temperatura bajo cero. Las heladas han durado poco, las nieves se han fundido muy pronto, y el termómetro ha indicado siempre una temperatura mas ó menos desagradable, pero propia de la estación.

Es de notar que no sufrimos desde hace tiempo aquellas horribles estaciones de calor ó de frío que diezaban á nuestros antepasados. La plantación de los árboles, la construcción de carreteras numerosas, la extensión de cultivos, etc., han ejercido grande influencia en los fenómenos que pasan en el seno de la atmósfera.

Ese carácter esencialmente variable de las estaciones se presta á interpretaciones muy diversas. Así que no hay nada mas curioso que seguir en este punto las impresiones de la multitud. Cuando desciende la tempera-

tura se producen las escarchas, y como es brusca la transición, la gente poco ilustrada exclama al punto que nunca ha habido un invierno mas riguroso. Se eleva la temperatura, y no deja de hablarse de inviernos suaves y de recordar los fenómenos mas anormales consignados en las crónicas.

La verdad es que los inviernos son desde algun tiempo muy irregulares, y se componen de tres ó cuatro períodos mas ó menos frios o templados, cuyo conjunto puede dar el carácter distintivo de la estación.

Esa variabilidad no se manifiesta en el invierno; se observa tambien en verano, pues en la meteorología la primavera y el otoño, en realidad, solo existen en nombre, indicándose aun por puro hábito dichas estaciones intermedias.

En 1869 han dominado, durante el estío, el calor y la sequedad. Rara vez se han visto dias mas serenos, ni de temperatura media elevada mas constante, y sin embargo, no indicó el termómetro fuertes calores. La temperatura media elevada de la noche era casi igual á la del dia.

Hubo sequedad, á pesar de que el número de dias lluviosos fué, con corta diferencia, igual al de los años ordinarios; pero las lluvias fueron menos abundantes y el viento provocaba una rápida evaporación en el agua que habia caído.

No eran locales esas circunstancias; los antecedentes que tenemos sobre este punto parecen indicar que los fenómenos de variabilidad que desde algunos años trastornan las estaciones, son generales y se los observa en todas partes con mas ó menos intensidad. Y como en la actualidad no existe fenómeno alguno que indique modificaciones poderosas en el estado de la atmósfera, hay fundados motivos para creer que durante el invierno de 1869-70 el tiempo será variable, y que si hay períodos muy frios, los habrá tambien templados y aun quizás calientes, de suerte que la temperatura media general no presentará ningun carácter de los inviernos notables, ya sea por su rigor ó por su suavidad.

Excusado es advertir que al hablar así, no hacemos predicciones, sino simples conjeturas. Las observaciones recogidas hasta al presente son poco numerosas y exactas; pero la lógica, basada en la experiencia, inclina á creer que el invierno de 1869-70 no será un invierno riguroso, al menos tal como lo entienden aquellos que le han comparado al de 1829-30; mas como á la experiencia le falta precision, en vez de ser concluyente el razonamiento anterior, puede muy bien enunciar una probabilidad.

Se comprenderá perfectamente la naturaleza del invierno de 1869-70, á medida que se produzcan los fenómenos meteorológicos, teniendo presente la circunstancia de que para que un invierno pueda ser clasificado entre los rigurosos, es necesario que, durante un mes ó mes y medio, sea bajo cero la temperatura media, y que la mínima se mantenga en el termómetro durante muchas noches consecutivas debajo del límite inferior de la temperatura de los años anteriores. Es menester tambien que no haya deshielo durante un mes por lo menos, y que se observen fenómenos verdaderamente excepcionales.

Cuando no se producen esas condiciones, podrá ser frio el invierno, como sucede este año, pero no riguroso, ni menos alcanzará la categoría de los inviernos excesivos, á los cuales se le ha comparado.

No reproduciremos aquí, para poder establecer una comparación, la lista de inviernos rigurosos que recorrió el año pasado todos los períodos políticos; pero sí mencionaremos las temperaturas mas bajas que se han observado en el globo, y que determinan los grados de frio que puede soportar el hombre sin perecer. Sobre este punto se citan cifras que asombran y hacen dudar.

Refiérese que «el capitán Parry experimentó un frio de -48 grados en la isla de Melville, cerca de Spitzberg; -50 grados se observaron en el fuerte de San Félix y el fuerte de Expresa (América del Norte); -54 grados en Nijne-Kolymsk; -55 grados en Calis (Noruega); -57 grados el 17 de enero de 1834 en el fuerte Reliance por el capitán Back; en fin, -58 grados el 25 de enero de 1829 por Katakaria y Newierouw en Siberia.»

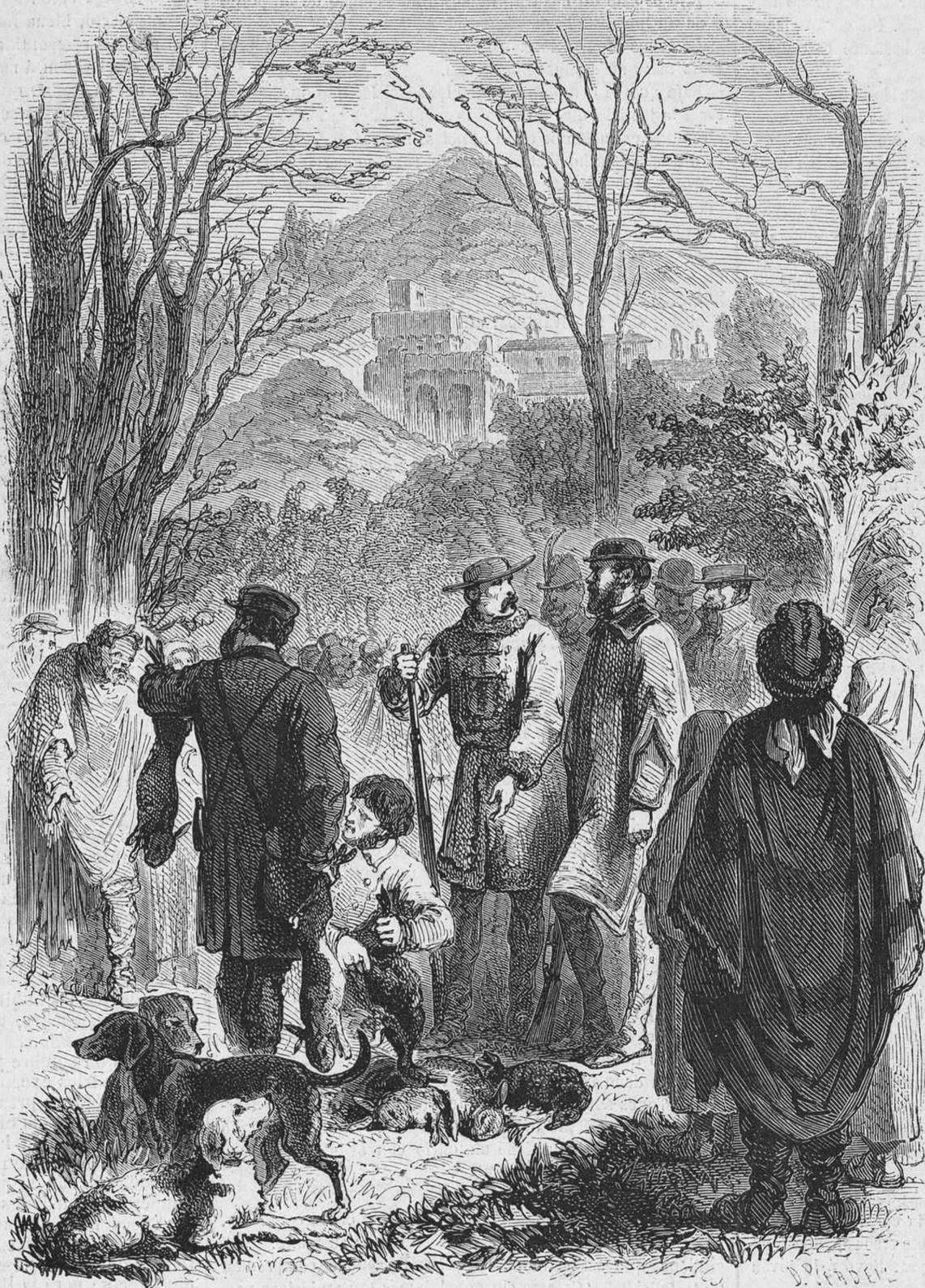
Estas cifras nos parecen exageradas; pues M. Hans- teen, que se hallaba en Siberia en el mismo año de 1829, solo observó un frio de 37 grados bajo cero, si bien añade que «ese frio se soporta bastante bien, si el aire está tranquilo.»

Cierto es que no hay que descuidar las extremidades,

Cacería en los montes de Toledo.

Con motivo de las fiestas de Navidad y de Año Nuevo se suspendieron las sesiones de las Cortes Constituyentes, y el general Prim convidó al regente del reino, general Serrano, y á varios de sus colegas de gabinete á una cacería en los montes de Toledo, donde el presidente del consejo de ministros tiene una posesion verdaderamente régia. El dibujo que publicamos representa un interesante episodio de esta fiesta: el regente del reino y el general Prim reparten á los pobres, que en número considerable habian acudido adonde estaban los cazadores, el producto de la caza; á mas de la limosna que mientras los gobernantes españoles permanecieron en aquella posesion les daban diariamente.

M. U.



ESPAÑA. — Cacería organizada por el general Prim en los montes de Toledo.

sobre todo la nariz y las orejas, que están expuestas á helarse; pero puede obviarse este inconveniente frotándolas con nieve, tan pronto como se ponen pálidas. Por este motivo en San Petersburgo es cosa corriente que un transeunte le advierta á otro de una manera algo brusca el estado de su nariz.

La mayoría de nuestros lectores habrán oido contar, á este propósito, una anécdota relativa á la célebre trágica Rachel: Paseábase en invierno por una de las calles de San Petersburgo, cuando de pronto se arroja un desconocido á su carruaje, y, sin previo aviso, la frotó fuertemente la nariz. A la pobre señora le asombró mucho semejante acometimiento; pero, como comprenderán nuestros lectores, ese acto agresivo no tenia nada de sospechoso, era simplemente una operacion salvadora.

(El Eco de las Ciencias)

Las cañoneras españolas

en el

PUERTO DE NUEVA YORK.

Hé aquí un dibujo que representa las treinta cañoneras que habian sido construidas en el puerto de Nueva York por cuenta del gobierno español, y que el comisario de presas de los Estados Unidos habia embargado en nombre del gobierno de Washington.

Durante largo tiempo los Estados Unidos han conservado las cañoneras en el Hudson, por medio de unas cadenas que las amarraba al muelle bajo la vigilancia de la cañonera americana *Maria*.

Inmediatamente el ministro de España en Washington pidió explicaciones al ministro de Negocios extranjeros, y el resultado de las negociaciones entabladas ha sido favorable al gobierno de Madrid. Bajo este concepto, se han devuelto las treinta cañoneras, y el capitán general de la Habana pudo desde entonces utilizar sus servicios.

L. C.

La pesca

DE LANGOSTINOS EN LA EMBO

CADURA DEL TÁMESIS.

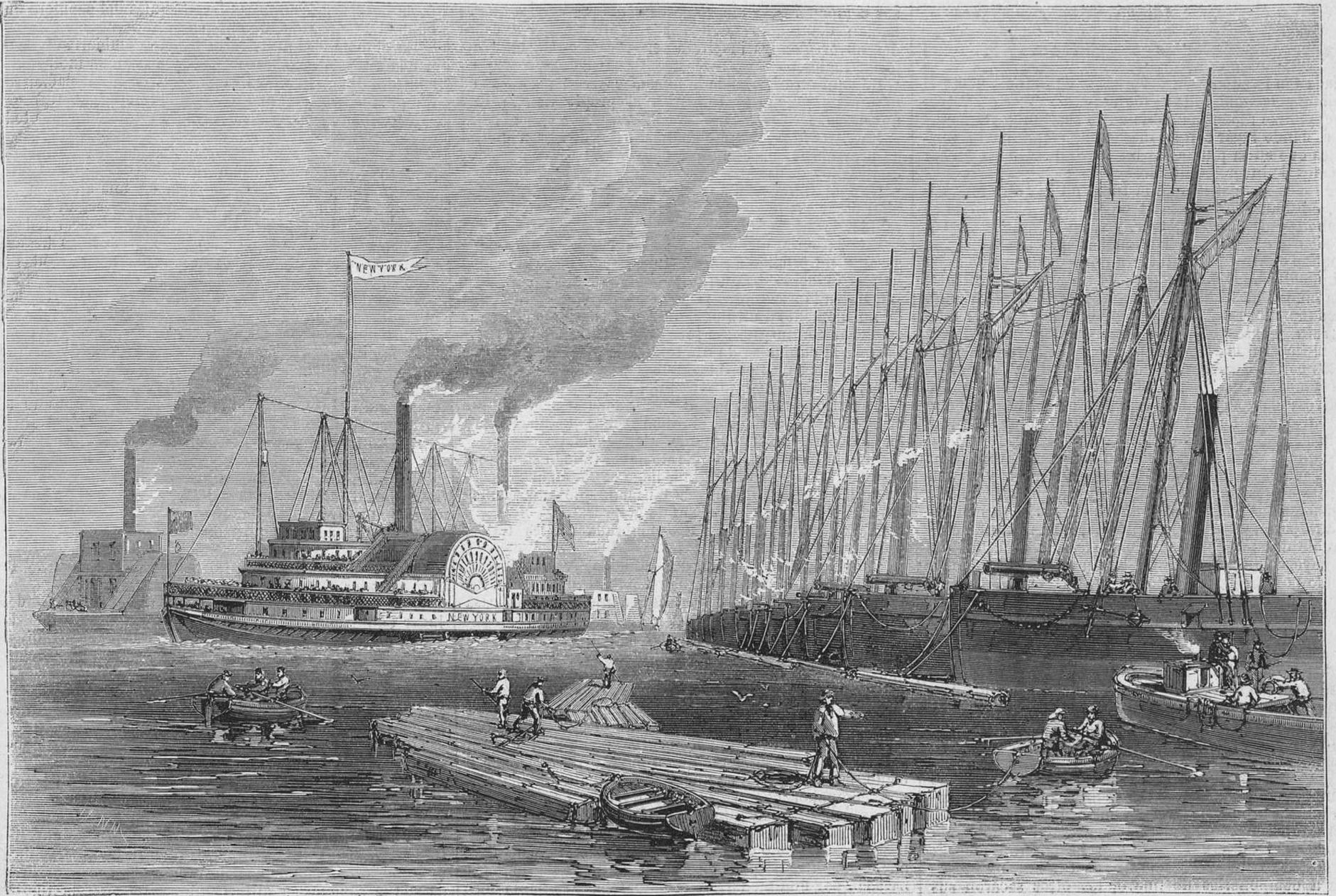
¡Bonita pesca! exclaman alegremente los expedicionistas que van á pasar unos cuantos dias de vacaciones á orillas del mar, y que se divierten en pescar por la mañana el plato de langostinos del almuerzo.

Pero para el marinero, para ese *labrador del mar*, la pesca es siempre un trabajo muy penoso, y la sólida barca que representamos en nuestro dibujo, demuestra que lo mismo para coger el langostino que para hacer otra pesca, hay que luchar vigorosamente contra el terrible elemento.

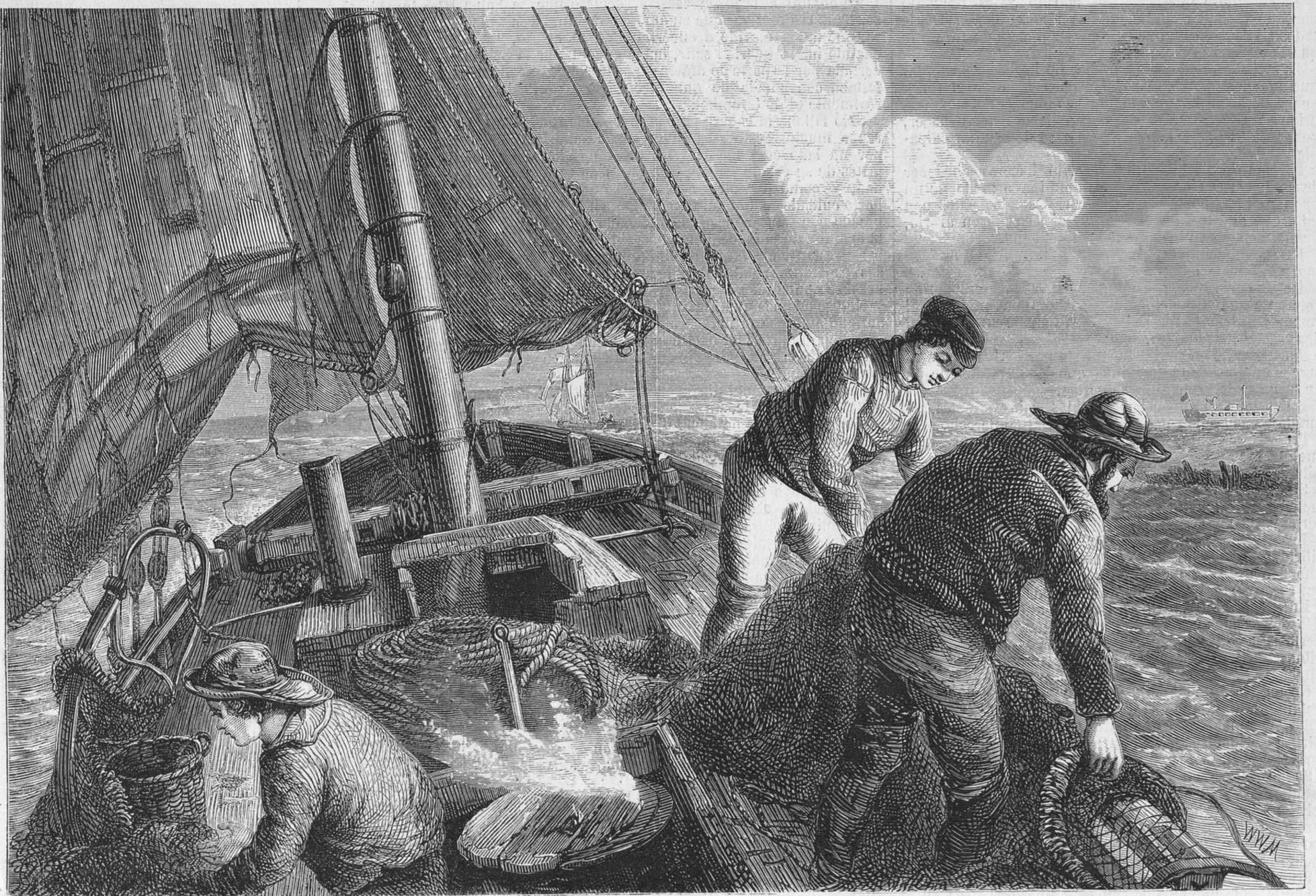
La lancha de nuestro dibujo pesca el langostino en el Medway, cerca del puerto de Leight, en la embocadura del Támesis, que son los sitios mas famosos para esa pesca en toda Inglaterra. El langostino abunda en esas aguas, es grande y de un gusto exquisito; es el mas estimado en Londres.

Obsérvese ese perol húmeante que está entre los cordajes y las redes. Es una innovacion: en vez de esperar á su vuelta para cocer la pesca, el marinero inglés hace la cocina en la barca, y el langostino pasa inmediatamente del agua salada al agua hirviendo. ¡Ah! ¡qué razon tienen los ingleses en decir: *Time is money!*

P. P.



Las cañoneras españolas en el puerto de Nueva York.



La pesca de langostinos en la embocadura del Támesis.

Los muertos vivos.

Nada tan frecuente en los pueblos de la India como el ver á personas que todo el mundo creía muertas, volver á presentarse repentinamente entre sus amigos y conocidos, dando lugar con su inesperada reaparición á incidentes que en la pluma de un escritor europeo fueran tachados de inverosimilitud.

De todos los distritos de la India no hay otro mas salvaje, en donde sea mas fácil esconderse, que el que se extiende desde Calcuta al mar, y si no fueran los buques de todas dimensiones y las lanchas que surcan el rio, dificultad encontrara cualquiera en creer que se halla en las inmediaciones de la capital de un estado floreciente, de la ciudad mas comercial tal vez de todo el Oriente.

Los moradores de las márgenes del Hugly son de estatura ruin, y su aspecto deja lleno de sorpresa al viajero que, al llegar á la India, se promete encontrar todos los objetos cortados sobre proporciones muy grandiosas.

Sin embargo, su misma pequeñez los hace mas ágiles y activos; compensan la fuerza física y el valor de que carecen, con la flexibilidad de sus miembros y su mucha astucia.

Los que ejercen la profesion de barqueros proveen las embarcaciones ancladas en el puerto, de frutas y legumbres, llevan los viajeros á Calcuta y sufren con bastante resignacion los malos tratos de los europeos, los cuales por otra parte, es preciso confesarlo, necesitan una considerable dosis de paciencia para resistir al fastidio de una navegacion por el Hugly en un *dinghi* de Calcuta dirigido por barqueros indios.

Un inglés de la clase media, que viajaba en calidad de marino voluntario, acababa de fondear con su buque en Diamond Harbour; era bastante idiota y de carácter muy arrebatado.

Habiendo alquilado un *dinghi* para trasladarse á Calcuta, se vió de improviso rodeado de unos entecillos que mas bien que hombres le parecieron monos chachareros.

Nada se hace en la India sin mucho ruido, muchas gesticulaciones y aparente confusion; nuestro inglés no tardó en convencerse de que su vida corria mucho riesgo con una gente que disputaba de continuo y que no parecia prestar la mas mínima atencion á lo que hacia.

Pero aun fué peor, una vez puestos en marcha; la maniobra del barco fué de lo que se curaron menos: los unos se pusieron á desplegar sus turbantes y en seguida á componerlos de nuevo, los otros sacaron sus largas pipas y comenzaron á fumar, y aun hubo otros que solo cuidaron de aderezar la comida.

Impacientóse nuestro jóven marino y les preguntó por qué habian abandonado los remos; contestáronle todos á la vez en un lenguaje incomprensible para él, lo que le exasperó sobremanera.

La impetuosidad de su carácter no le dejó reflexionar que aquellos hombres conocian perfectamente el rio, y que si obraban de aquel modo, sus buenas razones tendrian para ellos; que lo mas acertado era dejar hacer, pudiendo castigarles despues, en caso de resultar culpables.

Irritado hasta lo sumo, resolvió hacerse obedecer desde luego á todo trance, y como iba armado de un buen garrote, comenzó á repartirles sendos palos con tal vigor, que tres de los barqueros se echaron al rio, desapareciendo al instante debajo del agua.

Este acontecimiento volvió la sangre fria á nuestro inglés, el cual, lleno de terror, empezó á representarse todas las consecuencias que podia traerle el arrebató de cólera de que acababa de dejarse dominar, mientras el resto de la tripulacion le llevaba á Calcuta en medio del llanto y de los gemidos.

Apenas saltó en tierra, fué puesto por los barqueros en manos de un agente de policia que le llevó delante de un magistrado, y de allí á la cárcel.

En vista de la deposicion de los sobrevivientes, el jurado de acusacion lo envió al tribunal de derecho.

En este intervalo, pudo aquel infeliz reflexionar á sus anchuras sobre el peligro de dejarse llevar por la cólera.

Sin amigos, sin proteccion en el pais, no podia prometerse salir del paso con menos de una deportacion perpétua.

En efecto, fué juzgado y condenado sin vacilar; mas difirióse algunos dias la ejecucion del fallo, porque el defensor prometió que con algunos hechos que justificaria, se proponia demostrar la nulidad de la sentencia.

Entre tanto fué á visitarle un indio que hablaba el inglés con mucha soltura, el cual le ofreció, mediante cierta suma, hacer comparecer sanos y salvos ante el tribunal á los tres individuos cuya muerte se le imputaba.

No teniendo nada que perder, no vaciló el preso un instante, reunió todo el dinero de que podia disponer; y al dia siguiente se presentaron los tres ahogados, justificóse su identidad, y nuestro inglés fué puesto en libertad.

Segun parece eran los barqueros excelentes buzos; despues de haber permanecido algun tiempo en el fondo del rio, habian vuelto á subir y se habian dirigido nadando á la orilla, en la cual habian estado ocultos mientras sus compañeros gestionaban en los tribunales y hacian condenar al inglés.

Presentándose en seguida en el momento oportuno, le habian sacado una crecida suma de dinero, sin que pudiese acusarles de maliciosa connivencia; pues los unos

protestaban que les habia sido desconocida la suerte de sus compañeros, y alegaban los otros por excusa que se habian mantenido ocultos por tanto tiempo á causa del terror que les inspirara el carácter violento del jóven inglés.

Hé aquí otro hecho de la misma especie, pero de una naturaleza mucho mas grave y al propio tiempo mas novelesca.

Un rico *mahajoun* ó comerciante de una gran ciudad de provincia tenia una esposa jóven y bella de la que estaba muy celoso.

No tenian hijos, y á la muerte del comerciante, debian pasar sus bienes á un pariente con el cual estaba reñido.

Este pariente, que se llamaba Khan-Beg, era un holgazán y un pródigo á quien el desarreglo de su conducta habian reducido á la miseria.

Queriendo asegurarse la posesion de una fortuna que de un momento á otro podia escapársele, halló medio de cohechar con magnificas promesas á un criado que gozaba de la confianza de Ibrahim-Beg, y le indujo á que por todos los medios imaginables procurase excitar los celos, ya sobradamente vivos, del suspicaz marido.

Comenzó el marido por despedir toda la servidumbre de su esposa Chumbelia, sin dejarle mas que una esclava que carecia absolutamente de inteligencia.

Aunque hasta aquel momento habia tratado siempre á su esposa con suma blandura, llegó el dia en que el pérfido criado supo almarle de tal modo que se descomedió con ella hasta el extremo de golpearla.

La pobre mujer, poco acostumbrada á tales tratos, prorumpió en espantosos gritos.

Al dia siguiente habia desaparecido, y habiéndose difundido la noticia de que habia sido asesinada, se presentó la justicia á hacer un reconocimiento en la casa de Ibrahim.

El criado Emanny declaró que se hallaba presente á la disputa; pero añadió al mismo tiempo que su amo le habia enviado con un encargo y que ignoraba cuanto habia sucedido durante su ausencia.

Cavóse en el jardin y en un paraje en que la tierra parecia recién removida, se encontró el cadáver de una mujer; le faltaba la cabeza, mas llevaba aun en uno de sus brazos un brazaletes, que Emanny dijo reconocer como perteneciente á su ama, para la cual lo habia hecho componer pocos dias antes en casa de un joyero que indicó, el cual confirmó su declaracion.

Ibrahim fué puesto en la cárcel, á pesar de que protestaba continuamente de su inocencia, diciendo que pocos instantes despues de la riña, se habia sentido embargado por una modorra irresistible y que se habia dormido, sin haberse despertado hasta el dia siguiente por la mañana.

En cuanto á la jóven esclava, declaró que se habia asustado tanto al ver que su amo daba golpes á la señora, que habia corrido á encerrarse en su cuarto, y que cuando habia querido salir, habia encontrado la puerta cerrada por la parte de afuera; por lo demás se manifestaba convencida de que el cadáver exhumado era realmente el de Chumbelia.

Sólo faltaba la cabeza para probar la identidad; hicieron muchos esfuerzos inútiles por hallarla; y como por un lado eran notorios los celos de Ibrahim y los gritos de su esposa habian sido oidos de toda la vecindad, y como por otro habia procurado tener oculto tanto cuidadosamente el desagradable lance que le habia pasado con Chumbelia, fué condenado á muerte y señalado el dia de la ejecucion.

Entre tanto el orgullo de Khan-Beg crecia á la par de sus esperanzas; dábale ya toda la importancia de un hombre opulento.

Notóse además que Emanny habia abandonado á su antiguo amo por su heredero presunto.

Semejante proceder excitó la indignacion general contra el infiel criado, pero sin que diera margen á la mas leve sospecha.

Pero en víspera del dia en que debia llevarse á efecto la sentencia de muerte, un jóven inglés, que era juez suplente del tribunal de aquel distrito, recibió el aviso de que Chumbelia vivía aun, y que se hallaba á la corta distancia de ocho leguas del teatro del supuesto asesinato.

No se detuvo un momento en trasladarse á la aldea que le habian designado como el punto donde vivia Chumbelia encerrada en un sepulcro, bajo la custodia de algunos alfaquies.

Como estos hombres son tan sagaces, fué preciso echar mano de la fuerza para descubrir el secreto.

Los agentes de policia destaparon el sepulcro, y cuando penetraron en él, encontraron en efecto á la esposa de Ibrahim.

Colocáronla inmediatamente en un *doulia*, y la transportaron á la ciudad adonde llegó muy de madrugada.

Estaba levantado el cadalso, y el pueblo se impacientaba ya de ver que retardaban el espectáculo que le habian prometido, cuando con grande sorpresa supo el sesgo que habia tomado el negocio.

Pusieron presos á Emanny y á Khan-Beg, y el primero no titubeó un instante en descubrir todos los pormenores de la trama.

Habiendo su pasión por el juego facilitado á Khan-Beg medio de sobornarle, todo el plan habia quedado concertado entre ellos.

Se habian procurado el cadáver de una muchacha que habia muerto pocos dias antes, pero le habian cortado la cabeza para que no pudieran reconocerla.

Habian propinado á Ibrahim un fuerte narcótico; y cuando Chumbelia se habia dormido á fuerza de llorar,

la habian arrancado de su lecho envuelta en una cubierta de lana, entregándola á los alfaquies del sepulcro que habian sido avisados de antemano.

En el momento decisivo se habia descubierto el pastel por la avaricia de Khan-Beg, el cual se habia indisputado con uno de los hombres empleados en la traslacion de Chumbelia, por algunas rupias que este le pedia.

Este hombre habia ido desde luego á denunciarlo todo al juez suplente.

Khan-Beg y Emanny fueron condenados á trabajos perpétuos en los caminos públicos.

Dhur, indio respetable, habitaba en una aldea en las márgenes del Doab: tenia una hija que, segun la costumbre de las lugareñas, iba á la fuente á buscar toda el agua necesaria para el gasto casero, y además llevaba diariamente á la pagoda su ofrenda de flores, frutas y granos.

Esta muchacha, que era muy linda, se atrajo las miradas de su vecino Hulian, el cual concibió por ella un intenso amor que no tardó en ser correspondido.

La familia de Dhur se oponia á aquel enlace, porque Hulian era de una casta inferior á la suya, lo que no impidió que los amantes continuaran viéndose, hasta que por fin Musumaut Nubia (este era el nombre de la jóven) se resolvió á abandonar la aldea con Hulian.

Reunió todos sus vestidos, sortijas y dinero, cuyo valor era bastante considerable, y partió con él.

El padre, desesperado por la fuga de su hija, é ignorando cuál habia sido su suerte, corrió á Cawnpore, donde encontró efectivamente á Hulian; mas su compañera no estaba allí, é imposible le fué descubrir su paradero.

Sospechando un asesinato, denunció á Hulian, y le hizo prender.

No vaciló el jóven en confesar que habia salido del lugar con Nubia, y declaró al mismo tiempo á uno de sus amigos que habia enterrado los efectos de su amiga en el jardin de la casa que habitaba, donde podia encontrarlos su padre.

En cuanto á la suerte de Nubia, guardaba un misterioso silencio, lo que contribuia á aumentar las sospechas de que él la habia asesinado.

Llevado delante del tribunal, no halló reparo en confesar que habia dado muerte á la hermosa jóven, añadiendo que habia arrojado su cuerpo en un *nullach*, ofreciendo enseñar el paraje á los agentes de policia.

Llegados al punto designado, fueron vanas cuantas investigaciones se hicieron; y no habiendo sido encontrados los restos de la víctima, Hulian retractó su primera confesion diciendo que solo la habia hecho por temor de que le sometiesen al tormento, y refirió una nueva historia muy poco verosímil, que en resumen venia á decir que habia dejado á su compañera sana y salva en las inmediaciones de Cawnpore, pero que ignoraba lo que despues habia sido de ella.

Temiendo, decia, que los hallasen juntos á su llegada á la inmediacion de los acantonamientos, acordaron que él solo entraria en la ciudad para buscar una posada, y que ella quedaria aguardándole cerca de un pozo, adonde iria él á buscarla despues.

Nubia le habia entregado el paquete de su ropa.

Esto pasaba en la madrugada; al medio dia cuando volvió al pozo, no la halló; por mucho tiempo vagó por aquellos lugares buscándola, pero sin resultado, principalmente por no haberse atrevido á preguntar por ella muy abiertamente, de miedo que sus preguntas no descubriesen su retiro.

Por esta misma razon habia enterrado sus efectos cuando habia perdido toda esperanza de volver á verla.

Es por demás advertir que el tribunal no dió ningun crédito á esta nueva manifestacion; pero no habiendo suficientes pruebas para imponerle la pena capital, fué condenado Hulian á recibir treinta latigazos y á catorce años de prision.

Habrian trascurrido tres años, cuando uno de los hermanos de Hulian, llamado Medary, se presentó con una jóven que dijo era Musumaut Nubia, hija de Dhur, y pidió la soltura de su hermano.

La jóven juró en efecto que era la que habia acompañado á Hulian en su funesto viaje á Cawnpore.

Fueron llamados sus padres; pero se negaron á reconocer en ella á la hija que habian perdido, de suerte que Medary y la jóven fueron puestos en la cárcel y acusados de falsedad.

Un amigo íntimo de Dhur, que habia conocido á Nubia desde su infancia, corroboró la negativa de los padres, mientras que por otro lado cuatro testigos, que igualmente la conocian de mucho tiempo, atestiguaron formalmente la identidad de la jóven extranjera con Nubia.

La afrenta de que su fuga habia cubierto á su familia y la pérdida de casta en que la muchacha habia incurrido, hicieron sospechar al tribunal que sus padres la desconocian tal vez de intento.

La deposicion de Nubia no le era muy honrosa; cansada de aguardar la vuelta de Hulian, habia aceptado las ofertas de un soldado inglés y le habia acompañado á su alojamiento; y como algun tiempo despues, el regimiento hubiese dejado á Cawnpore, le habia seguido, habiéndose restituido pocos meses despues á esta ciudad, donde habia encontrado al hermano de Hulian, el cual le habia informado de la triste situacion de su antiguo amante.

Aunque ella no presentaba ninguna prueba legal de sus asertos, los jueces les dieron entera fe con tanta mas razon, por cuanto notaron grande semejanza entre la jóven y aquella de quien se decia hija.

Soltáronla, pues, igualmente que á Medary, y habien-

do sometido á nuevo exámen el procedimiento contra Hulan, lo pusieron tambien en libertad.

Decidió el tribunal, no obstante, que eran bien merecidos los cuatro años de cárcel sufrida, por haber seducido á una niña, y haberle quitado su ropa y dinero, porque, atendidas todas las circunstancias de la causa, no dudaron los jueces que desde un principio habia sido la intencion de Hulan abandonarla.

En cuanto á la denegacion de los padres Nubia, es muy conforme á las costumbres de los indios, los cuales, aunque aman á sus hijos con ternura, temen la deshonra mas que todo.

No fuera difícil citar en la India algunas catástrofes parecidas á la de Virginia: debiendo advertirse que las ideas de los indios acerca del honor son á veces tan extrañas, que las causas mas frívolas dan márgen á muy graves resultas.

Por lo demás, estos sentimientos de honor solo reinan en las clases elevadas; entre la gente del pueblo, la conducta recíproca de padres é hijos excita con frecuencia la sorpresa de las autoridades europeas.

Habia sido condenado á muerte un jóven por haber cometido un asesinato, acompañado de circunstancias atroces.

Después de la ejecucion, fué el verdugo á reclamar su salario; ¡júzguese del asombro de los magistrados al saber que era el mismo padre del desventurado criminal el que habia desempeñado aquel triste oficio!

Excusóse con su miseria, y con la inevitable certeza de la muerte de su hijo.

No pudiendo serle ya de utilidad alguna su hijo en su vida, muy justo era, decia, que procurara sacar todo el partido posible de su muerte.

Los largos viajes que suelen emprender los naturales de la India, y que algunas veces los retienen años enteros lejos de sus familias, dan á menudo ocasion á que cunda la noticia de su muerte, noticia que frecuentemente es origen de escenas muy trágicas.

Una familia de una casta muy distinguida, pero de mediana fortuna, habitaba una pequeña granja en una aldea cerca de la ciudad de Ettawah, único resto de los grandes bienes de sus mayores.

Componíase aquella familia de dos hermanos, de los cuales el menor tomó la resolucion de ir á buscar fortuna en tierras lejanas.

Despidióse pues, de sus amigos, y confió su jóven esposa, con la que estaba casado solo hacia un año, á los cuidados de su hermano mayor, el cual, en conformidad á las costumbres patriarcales de la India, vivia en la misma casa que él.

En los dos primeros años, Buljit-Singh escribió con regularidad á su esposa y la envió dinero, aunque solo daba señas muy vagas acerca de su situacion y proyectos; mas después de aquel tiempo, su familia estuvo tres años enteros sin recibir de él noticia alguna.

Al fin supieron que habia muerto, y los pormenores que se les dieron acerca de aquel triste acontecimiento, presentaban todas las señas de autenticidad.

Un conciudadano suyo, que servia con él en el ejército de los Maharatas, habia sido testigo ocular de la catástrofe que habia tenido lugar en el paso de un rio; algunos jinetes, entre los cuales se hallaba Buljit-Singh, habian sido arrebatados por la fuerza de la corriente, y se habian ahogado.

Chait-Ram, el amigo y compañero de que se trata, se habia encargado de traer los despojos del muerto á su familia, y al entregárselos, les hizo presente que sin embargo de que habia ya mas de un año que habia dejado de existir, habia tenido que aguardar hasta entonces el momento favorable para desempeñar su comision.

Durante la ausencia del hermano segundo, los intereses de Hurrak-Singh, el mayor, no habian prosperado; y por lo mismo, cuando recibió la nueva de la muerte de su hermano, le pareció conveniente que la viuda cumpliera la sagrada ceremonia del *sutty*.

No era que tratase de zafarse de los gastos de su manutencion, pues la de una viuda sin hijos no cuesta gran cosa, sino que habia otras consideraciones que hacian apetecible su muerte.

No faltaban en la aldea ejemplos de viudas que se habian vuelto á casar, ó que habian llevado una vida poco arreglada; una ó dos se habian dejado arrebatarse por los mahometanos.

Para evitar semejante desgracia, y para obtener la consideracion que la ceremonia de un *sutty* granjea á la familia en que se verifica, decidióse que Houchilia subiera sobre la pira funeral y se abrasaria con el turbante de su marido, ya que no se hallaba presente su cuerpo.

Aunque Houchilia habia vivido siempre en buena armonía con Buljit-Singh, y recordaba aun con enternecimiento las muchas consideraciones que le habia merecido, su larga ausencia la habia resignado de tal suerte á su pérdida, que la noticia de su muerte no le causó muy viva emocion, ni le inspiró el menor deseo de sacrificar su vida para franquear á su marido la entrada en el paraíso.

Pero se hallaba en manos de gentes que estaban decididas á llevar á cabo sus designios á toda costa.

Luego que Hurrak-Singh hubo anunciado que su cuñada habia resuelto morir, vióse la familia rodeada de bracones que nada omitieron para alentar á la víctima, é inspirarle valor para arrostrar su muerte.

Sobrecogida por una situacion que le parecia desesperada, cayó Houchilia en un estado de profundo estupor, que le imposibilitaba oponer la mas leve resistencia á lo que de ella exigian.

Habia en la aldea agentes de policia mahometanos que hubieran podido intervenir en favor suyo; mas ella

lo ignoraba, porque llevaba una idea muy retirada.

Por la misma razon no estaba instruida de la proteccion que el gobierno británico dispensa á las personas colocadas en su posicion, y nada por otra parte indicaba que el sacrificio á que Houchilia se disponia no fuese enteramente voluntario.

Durante todo el dia que siguió á la llegada de Chait-Ram á la aldea, vióse Houchilia colmada de obsequios, le hicieron poner sus mejores atavíos, y por todo alimento le dieron pequeñas dosis de ópio.

Finalmente, así que iba á ponerse el sol, pareció que ella se hallaba en disposicion de poder soportar la fatal ceremonia.

Como era muy regular, se notaba entre todos sus vecinos una viva emocion, pues un acontecimiento de aquella especie no habia tenido lugar en aquella reducida aldea hacia algun tiempo.

Era una verdadera fiesta para los indios devotos, que miran estos sacrificios como singularmente agradables á sus dioses.

Sin embargo, á medida que iba acercándose el momento solemne, Houchilia experimentaba mayor repugnancia á someterse á una muerte tan cruel: mas como no se hallaba en estado de defenderse, así que sonó la hora, fué arrastrada mas bien que llevada al lugar del suplicio.

La aldea estaba situada en las orillas del Jumna, precisamente delante de la barca, y el *sutty* debia, segun estilo, celebrarse cerca de un rio.

Los efectos del difunto, que habia traído Chait-Ram, eran de un valor inmenso, por lo que se determinó dar á la ceremonia toda la pompa posible.

La pira estaba levantada; la habian dispuesto con mucho gusto y la habian provisto abundantemente de combustible.

Houchilia lanzó á la pira una mirada al soslayo, en seguida bajó los ojos, y los tuvo clavados en el suelo.

Por lo demás, no hizo la menor tentativa por huir, ya fuese á causa de su espanto, ya por el estupor que se habia apoderado de sus sentidos, de suerte que no procuraron apresurar el desenlace de tan triste ceremonia, de miedo que los circunstanciales adivinasen la repugnancia con que se sometia al sacrificio.

Es costumbre hacer preguntas á una *sutty*, la cual, en el intervalo que media entre su resolucion y su muerte, se supone que es un verdadero oráculo; pero este don de profecía está reservado á aquellas entusiasmadas por quienes el suplicio era una especie de triunfo.

Houchilia guardaba silencio, ó únicamente daba contestaciones incoherentes: dejáronla, pues en paz.

Tres veces dió la vuelta á la pira; fuéronle quitadas todas sus sortijas, y distribuidas entre sus parientes, mientras que los espectadores se disputaban con avidéz las flores de que estaba cubierta, hasta que por último, se apoderaron repentinamente de ella cuatro bracones y la colocaron por fuerza sobre la pira.

Estaban ya encendidas las *muscales* ó antorchas, cuando levantándose de repente, se adelantó hasta el borde de la pira, y alargando los brazos hácia el rio, pronunció con voz penetrante estas palabras:

— ¡ Ah, no ha muerto! ¡ él es, mi marido que viene á salvarme!

Después del primer momento de universal horror y consternacion que causaron aquellas palabras, todas las miradas se dirigieron hácia el lado que ella señalaba con la mano, y descubrieron un jinete marahata que acababa de saltar de la barca, y se dirigia á galope á la aldea.

Ya chisporroteaba la llama en los leños mas bajos, pero los que traian las antorchas se habian detenido al oír el grito de la *sutty* para aguardar la llegada del extranjero.

Este era en efecto Buljit-Singh; mas, aunque su esposa no lo habia reconocido con certeza, y únicamente la desesperacion le habia dictado aquellas exclamaciones, nadie dudó de que aquello habia sido una inspiracion divina.

Apresuráronse á apagar el fuego; Houchilia se vió salvada, y su marido, que ya se habia apeado, la recibió en sus brazos, orgulloso y embelesado con la prueba de cariño que acababa de darle.

Después de librarse de una muerte casi inevitable, su última campaña habia sido feliz.

Arrojado en la orilla, á grande distancia del vado, estuvo por mucho tiempo tendido en el suelo sin sentidos; después, habiéndosele presentado ocasion de entrar en un servicio mas lucrativo, no habia dado paso alguno para volver á encontrar á sus antiguos camaradas.

La fortuna sonrió á Buljit-Singh, el cual aprovechó el primer instante de libertad para volver á su casa, adonde habia felizmente llegado á tiempo para salvar á su mujer de la suerte mas espantosa.

Con este motivo regalóse á los bracones con largueza, y fueron comprados todos los dulces de la aldea y repartidos á los pobres.

Terminó la noche con regocijos; pero entre todos los presentes, la mas feliz era la pobre Houchilia, la cual en lo sucesivo se vió premiada de lo que habia padecido en aquel trance, con la reputacion de constancia, virtud y piedad que se granjeó.

Mas no siempre es igualmente agradable la vuelta del pretendido muerto, mayormente si sus herederos han tomado las medidas que han juzgado necesarias para preaver un acontecimiento tan funesto á sus intereses.

Khyrun-Khan era un jóven que gozaba de una fortuna considerable, fortuna codiciada por su mas próximo pariente.

Después de haber reflexionado por algun tiempo acerca del mejor medio de apoderarse de tan rica herencia,

Moumtar-Ali tomó la resolucion de quitar de en medio al mancebo á toda costa.

Khyrun era muy aficionado á la pesca y tenia costumbre de salir solo en un barquillo que dirigia con suma maestría.

La primera idea de Moumtar fué ahogarlo, pero pensándolo con mas madurez, le pareció muy arriesgado este proyecto por ser tan frecuentada la ribera.

Contentóse, pues, con ir la víspera del dia que habia fijado para la ejecucion del crimen, al lugar donde estaba atado el barquillo, cortar la amarra, y dejarlo flotar á merced de la corriente, arrojando al propio tiempo al agua un turbante y un chal de su proyectada víctima: yendo en seguida á encontrar á su primo, le propuso un paseo para tirar á los pavos reales con el arco y la flecha.

Cuando hubieron llegado á un paraje muy retirado, Moumtar cogió impensadamente á su jóven primo, y lo precipitó en un pozo que sabia tenia cincuenta y cuatro pies de profundidad con doce pies de agua.

Hecho esto, apresuróse el asesino á volver á su casa para que no fuese notada su ausencia.

Pasáronse algunas horas sin que se extrañara la ausencia de Khyrun; finalmente, uno de sus criados, recordando que no lo habia visto desde la mañana, fué á preguntar á sus compañeros si sabian adónde habia ido.

No recibiendo contestacion satisfactoria de ninguno de ellos, corrió desde luego á la ribera, donde se llenó de espanto al ver que la barca no estaba atada en el lugar acostumbrado.

No tardó en encontrar el chal y el turbante, con lo que no le quedó la menor duda de que su malogrado amo habia caído en el rio y habia sido devorado por los caimanes.

No recayó en Moumtar-Ali la mas leve sospecha, pues no acostumbraba á acompañar á su primo en sus excursiones de pesca, y por otra parte su conducta era intachable.

Como la muerte de Khyrun parecia cierta, su pariente tomó posesion de sus bienes, y por algun tiempo se entregó á todos los placeres que puede proporcionar la fortuna.

No obstante, Khyrun-Khan vivia aun; al caer en el pozo, se habia asido de una piedra saliente, y encontrando en otra un apoyo para sus piés, logró mantenerse en aquella molesta y peligrosa posicion hasta que pasaron algunos alfaquies que viajaban, se acercaron al pozo para sacar agua, y salvaron la vida al desventurado mancebo.

Este, como no tenia aun doce años y era huérfano, no quiso volver á su casa, temiendo ser el blanco de las maquinaciones de su pariente.

Recompensó á los alfaquies con algunas alhajas de oro que llevaba consigo, y se decidió á quedarse con ellos tanto mas gustoso, por cuanto se trasladaban precisamente al país en que moraban los parientes maternos de Khyrun.

Trascurrieron algunos meses antes que los alfaquies hubiesen despachado sus negocios y pudiesen ocuparse de los de Khyrun; acompañáronle entonces al pueblo que habitaban el padre y hermanos de su madre.

Aunque ya habia llegado hasta ellos la nueva de su muerte, no vacilaron en dar crédito á sus dichos, atestiguados además por los alfaquies y las alhajas que reconocieron al instante.

Resolvióse que Khyrun se restituiria á su casa, acompañado de sus tíos y de los alfaquies y que obligaria á Moumtar-Ali á devolverle los bienes de que se habia apoderado.

Sobrecogido de espanto el traidor, lo confesó todo; y no queriendo comparecer ante un tribunal para ser condenado á una pena infamatoria, tomó un veneno aquella misma noche, y de esta suerte evitó el justo castigo que le aguardaba.

M. DE F.

Maravillas de la arquitectura india.

EL TORO COLOSAL DE LA PAGODA DE TANJUR.

La gratitud y el temor engendran los cultos, y de aquí las divinidades del bien y del mal, Dios y el diablo. Los indios temen al implacable Chiva cuando le imploran, y adoran al mismo tiempo á los animales útiles, como el toro, la vaca, etc.

Este último culto, que recuerda el de los antiguos egipcios al buey Apis, no es el único rasgo comun entre la India y la tierra de los Faraones. Los vedas encierran muchos principios que se hallan igualmente en las demás religiones: la antigua tierra indostánica parece la madre de todas las creencias, y en verdad, podria decirse que es el punto de partida de las supersticiones místicas de todo el mundo.

Nunca, sin embargo, los habitantes de las márgenes del Nilo han llevado tan lejos el refinamiento pueril de la religion como los del Ganges. Todo lo que podria inventar una imaginacion en delirio, se ha practicado en la India.

Para dar una prueba entre mil, diremos que en el ritual indio se considera el orin de las vacas como un

agua lustral. El simple contacto del buey es un feliz presagio. No es raro ver mujeres en viaje que se apartan súbitamente del camino, se lanzan al través de los campos, y bañan devotamente sus manos en el arroyo de la onda tibia abandonada por las vacas.

Las leyes dicen que es menos culpable el que hiere á un hombre que el que hiere á un buey. Matar á una vaca es casi tan grave como asesinar á un braclman.

El viajero P. de Saint-Barthelemy vió en el Malabar á cinco desdichados colgados de un árbol, porque habian dado muerte á una ternera. Con efecto, la ternera representa la diosa Lakchmi ó Vesta. Un amigo nuestro estuvo á punto, hace pocos años, de ser despedazado por los indios: ¡el imprudente amenazó con su bastón á un búfalo!

En algunos distritos se jura todavía sobre el Ganges; pero la costumbre se pierde, porque hay muchos incrédulos, y ciertos jueces muy listos hacen entonces que los testigos agarren á una vaca por la cola, y les mandan que expongan los hechos. Ahora bien, no hay ejemplo de que en ninguno de estos casos un indígena haya sido perjuro.

Para concluir con este punto, se dice también que el hombre bastante afortunado para morir asido á la cola de una vaca, pasa directamente de este bajo mundo á las moradas de la felicidad eterna.

La fama del toro colosal de la pagoda de Tanjur se extiende hasta las mas remotas comarcas: cada año miles de peregrinos llegan á prosternarse delante del ídolo, y al retirarse, dan una pincelada sobre una de las rayas oscuras que adornan la base del monumento y las gradas. Es la firma del fiel, el testimonio mudo y anónimo de la visita del devoto.

El toro de Tanjur está cortado en un enorme trozo de pórfido: la piedra encarnada es hoy invisible, gracias á las capas mil veces repetidas de aceite de coco; se trasluce bajo un color negro.

Nuestro corresponsal, M. Textor de Ravisi, á quien debemos la comunicacion de las magnificas fotografias cuya exacta copia ofrecemos á nuestros lectores, nos contaba últimamente la curiosa leyenda del gran toro.

Hé aquí su resumen:

« En su origen, dicen los braclmanes, el animal era mucho mas pequeño; pero ha ido creciendo poco á poco, hasta que cesó de crecer de repente, y fué justo en la época en que aparecieron en nuestra tierra los europeos. »

Fábula sutil que, circulando entre el pueblo, le dice: — Vuestros dioses prosperaban antes de que llegasen esos malditos blancos.

« Sin embargo, menos ingeniosos en su interpretacion, los fieles, en su mayor parte, han adoptado esta otra

version mucho menos humillante para los europeos:

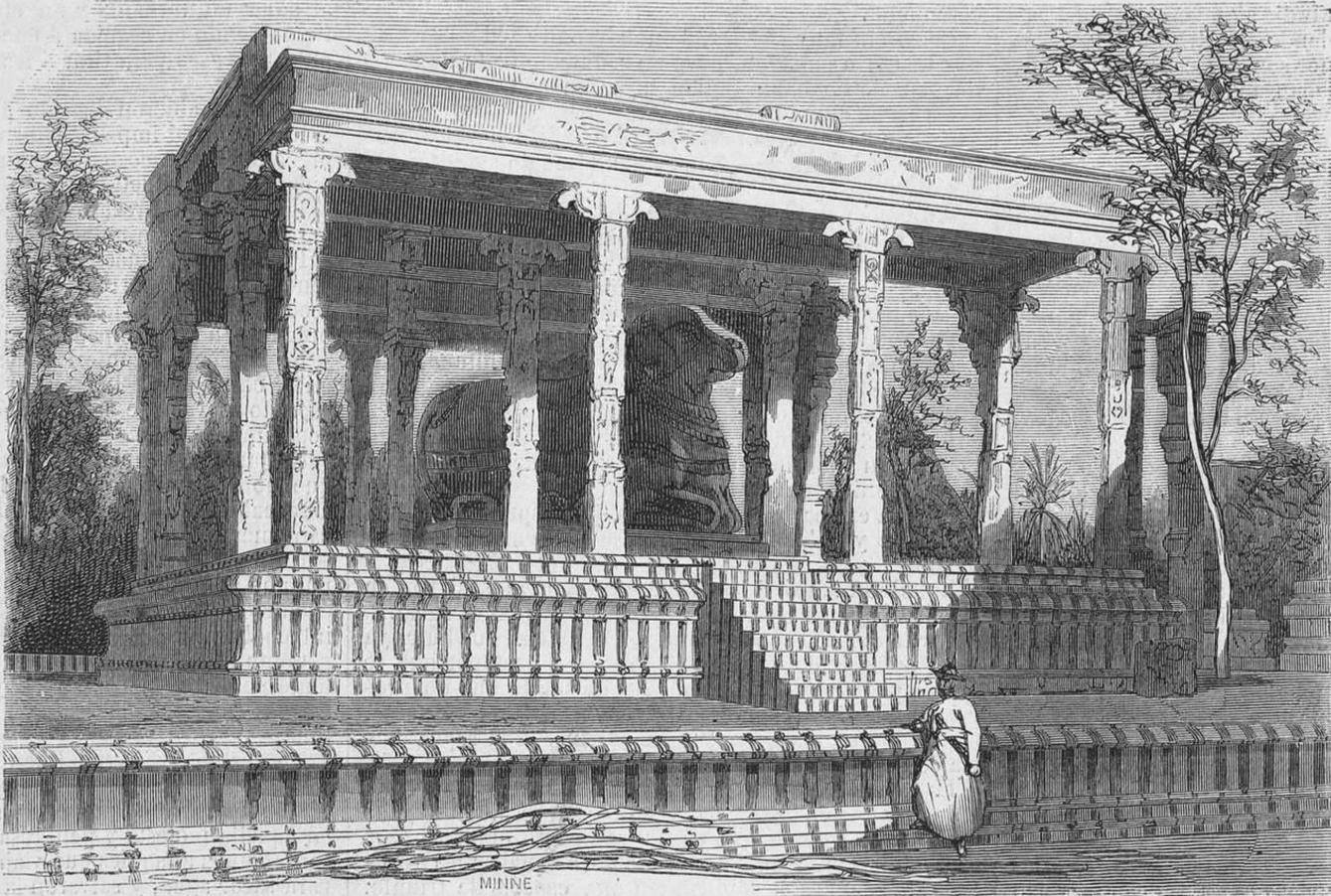
« En su origen, el ídolo era del tamaño de los que se ven en las pagodas de Chiva; pero fué creciendo súbitamente con tanta rapidez, que los braclmanes, espantados con el prodigio, elevaron encima el mandapum que limita su crecimiento. »

Al lado de las pagodas se ven carros que sirven todavía para las procesiones de los ídolos, carros antiguos, que durante siglos han aplastado á miles de fanáticos:

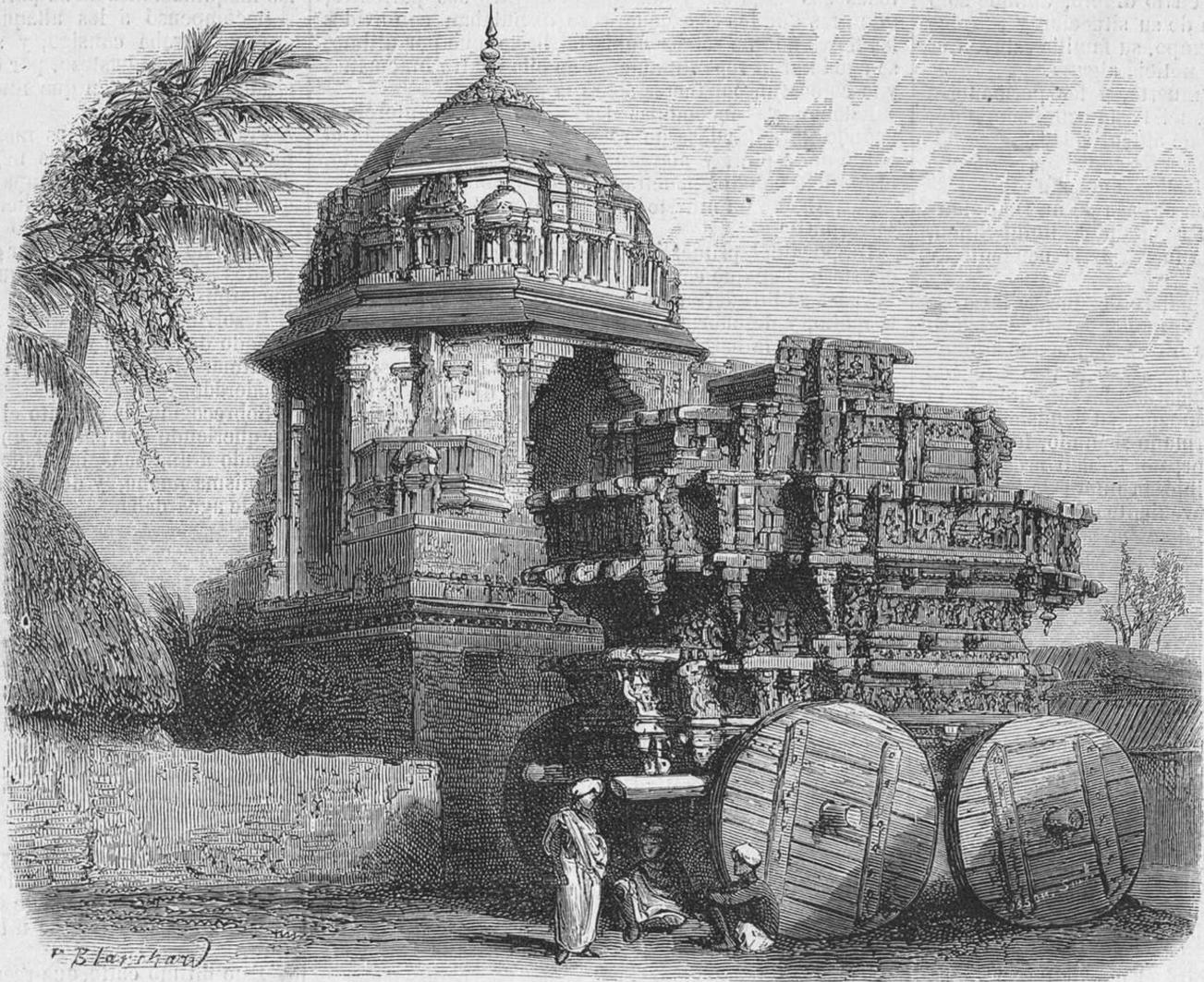
derines multicolorés ondean en el carro; la procesion que se anuncia con infernales clamores, anda, ó por mejor decir, corre por los campos y por las calles de las ciudades. En los momentos de descanso las bailarinas organizan al rededor sus danzas lascivas al son de los tamboriles. Los músicos arrojan al viento las notas de sus melodías, en tanto que de tiempo en tiempo se prenden fuegos artificiales que proclaman á lo lejos las alegrías de la fiesta.

Antiguamente habia muchos indios que, exaltados por el fervor, se arrojaban á porfía bajo las ruedas del carro, y abandonaban la vida con la sonrisa en la boca; y parece ser que también en el día algunos piadosos personajes tienen también, aunque en apariencia solamente, semejantes arranques. Pero sucede que cuando hacen que aspiran á la muerte debajo del carro, tienen buen cuidado de colocarse cerca de los agentes de la policia inglesa, que siempre les sacan á tiempo de debajo de las ruedas. Tanta franqueza debe agradar á los dioses.

R. C.



LA ARQUITECTURA INDIA. — El toro colosal de la pagoda de Tanjur.



Carro antiguo de la pagoda de Negapatam.

La casa

DE CARDONA

por

VICTOR BALAGUER.

Empezó pues por cambiar de nombre y por aceptar el de Ramon Folch, con el cual se dió á conocer en las batallas y empresas contra los árabes.

Dejemos al nuevo Ramon Folch que haga brillantemente su aprendizaje de héroe en la guerra y escaramuzas tan frecuentes en aquellos tiempos y arrojemos una rápida ojeada por la historia de Cataluña, historia de la cual pronto le veremos venir á reclamar algunas páginas al señor de Cardona.

Berenguer el Viejo habia bajado al sepulcro en 27 de mayo de 1076, con la gloria de haber hecho un gran estado del que pequeño hasta cierto punto y raquítico le habian dejado sus antepasados. Por esto se ha dicho que Wifredo el Velloso habia, es verdad, erigido el condado independiente de Barcelona, pero que Ramon Berenguer, dando estabilidad á lo que habia heredado inse-

guro y revuelto con tantas irrupciones y vicisitudes, fué propiamente el verdadero fundador de aquella soberanía que mereció entroncar con la casa real de Aragon y dilatar su dominio á Italia y al Mediodia de Francia.

Ramon Berenguer al morir, legó sus estados en gran manera mejorados, á sus dos hijos Ramon Berenguer y Berenguer Ramon, pero esto sin dividir el poder condal, sin erigir dos soberanías, sin romper, digámoslo así, la unidad de su monarquía. Quiso solo, guiado por un no-

en esta página publicamos el de la pagoda de Negapatam.

Esa pesada masa de treinta á cincuenta piés de altura, hecha de madera dura, cubierta de adornos extraños, de figuras algunas obscenas, se pone todavía en movimiento en los días solemnes por en medio de las oleadas de una poblacion febril que aclama á los dioses. Es una inmensa multitud de hombres, mujeres y niños que se agitan, gritan, cantan y vociferan, abandonándose á los mil caprichos del delirio religioso. Guirnalda de flores, ban-

Las señales del tiempo, caricaturas por Cham.



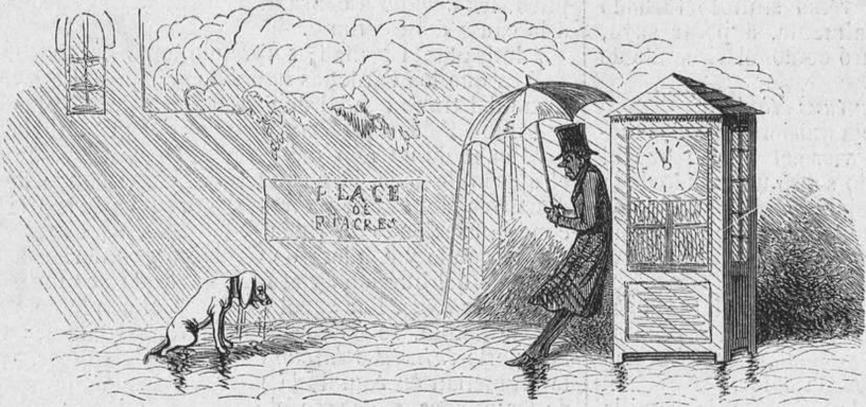
Buen tiempo.



Tiempo seco.



Tiempo húmedo.



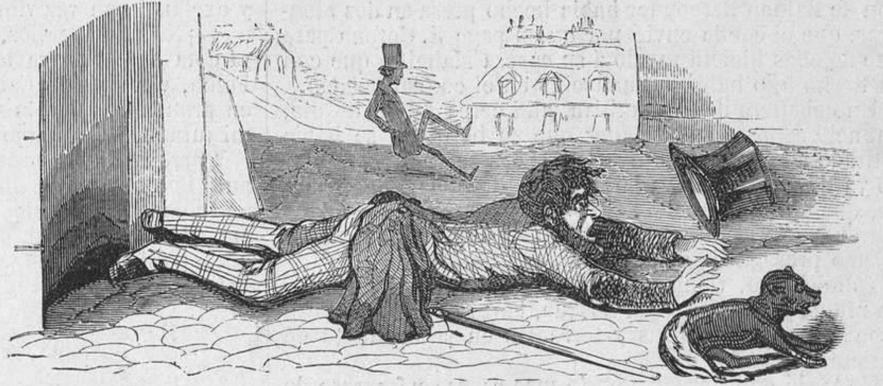
Lluvia



Tempestad.



Frio.



Primeros hielos.



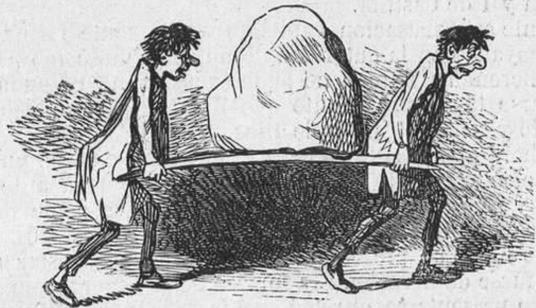
A 10 grados bajo cero.



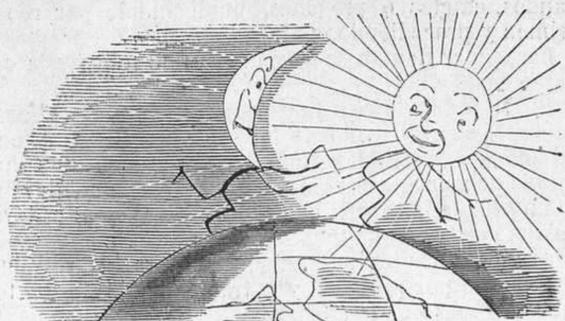
A 15 bajo cero



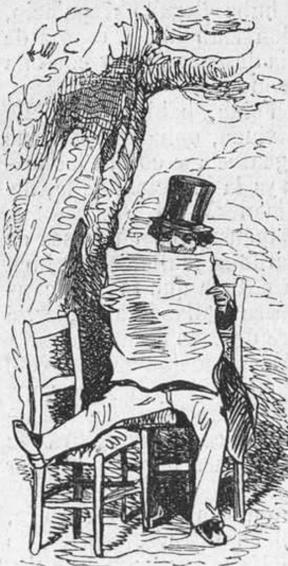
— ¡Yo te calentare!



Pedrisco del invierno de 1870.



La luna y el sol dándose un beso.



En el verano se está bien á la sombra, así,



y no así.



En el invierno se está bien entre pieles, así,



y no así

ble pensamiento, ceñir dos cabezas con una sola corona y sentar á dos príncipes en una misma silla.

¡Ay, ignoraba que no caben dos reyes en un trono y que una diadema es demasiado estrecha para ceñir dos frentes sin romperse!

Dos hombres pueden ser iguales en título, en poder, en grandeza, pero rara vez, ¡ay! son iguales en corazón.

De gallarda presencia y de gentil apostura era el mayor Berenguer. Una cabellera blonda caía en luengos rizos sobre sus hombros, mereciendo por ello que sus contemporáneos le dieran el nombre de *cap d'estopes*. Berenguer Ramon, al contrario de su hermano, era moreno, de frente pequeña y ceñuda, de ojos negros, de cabello corto y encespado.

En el uno todo era dulzura, todo era suavidad, todo era candor. En el otro todo era cálculo, furia, impetuosidad.

Al principio de su gobierno vióseles al parecer acordados en varios actos, pero no tardó en romperse la buena armonía que reinaba entre ellos, y para romper el lazo de la sangre apeló al crimen Berenguer Ramon.

Hé aquí cómo sucedió el hecho:

Los muros de Gerona, de esa ciudad cien veces heroica que tantos títulos tiene á la fama y á la historia, vieron cierta mañana salir una numerosa comitiva de cazadores, mandada por sus condes soberanos que, jinetes en briosos caballos, iban á buscar con la diversion de la caza una tregua á los afanes y cuidados de su gobierno.

Tras de ellos y en orden seguían varios nobles caballeros, como sus condes armados de chuzo y daga y con un halcón sobre el hombro; venían en pos monteros, ballesteros y halconeros, y cerraba la marcha larga trailla de perros de todas castas, impacientes de lanzarse tras la presa.

Llegados al punto donde debía comenzar la cacería, dispersóse la comitiva, y nadie cuidó entonces mas que del modo de proporcionarse un rato de placer en aquella jornada.

Tiempo hacia ya que la caza había empezado. El halcón de Ramon Berenguer había hecho presa en dos alondras, que el conde envió por un su page á Gerona para que de ellas hiciera regalo á su esposa Mahalta, que con su tierno hijo había permanecido en el condal palacio.

Un caballero de su comitiva, allá cerca del medio día, anunció á Ramon Berenguer que su hermano se había retirado á la ciudad con varios de sus servidores, fatigado ya y cansado de tan larga caza. El conde, sin embargo, que era muy aficionado á este recreo, anunció que por su parte él no sentía ninguna fatiga, y que por lo mismo proseguiría aun la comenzada cacería.

Y dicho esto, viendo precisamente en aquel instante á un rápido jabalí cruzar el bosque, lanzó su caballo á escape saltando quebradas y torrentes en seguimiento de la fiera.

No tardó en internarse en lo mas espeso y fragroso de la selva, y aunque entonces se halló completamente solo, lejos de detenerse, no hizo mas que prestar atento oído para escuchar el ladrido de los perros y el son de las bocinas que debían orientarle.

El conde llegó á un punto del bosque en que se encontró interrumpido el paso por un estanque. Había perdido las huellas del jabalí. El viento silbaba de un modo lúgubre entre los árboles que agitaban su cabellera, y entonces parecióle que oía el cercano relincho de un caballo.

Volvióse, y al volverse se le escapó su halcón, que fué á pararse sobre un cercano varal.

Ramon Berenguer vió venir hacia él á un caballero, velado el rostro lanza en ristre. Sorprendido, iba á abrir sus labios para preguntar al incógnito quién era, pero ya en aquel momento la lanza de este se había hundido en su costado, y el conde cayó del caballo revolcándose en su sangre.

El asesino se apeó entonces, y habiéndosele caído el antifaz, el conde antes de espirar pudo conocer á su hermano.

— ¡El agua no conserva las huellas! se dijo á sí mismo el fratricida Berenguer.

Y cargándose en hombros el cadáver de su hermano, se acercó al estanque y lo arrojó al agua.

En seguida volvió á montar á caballo y partió á todo escape, pareciéndole haber oído rumor en una vecina enramada.

En efecto, aun no había desaparecido á lo lejos el asesino, cuando abriéndose las ramas dieron paso á un caballero, que lanzó un grito al ver á un jinete que huía y al hallarse con un charco de sangre á sus pies.

El que acababa de penetrar en el teatro del crimen, demasiado tarde para que este se consumara, era Ramon Folch, el vizconde de Cardona.

Este aplicó al instante la bocina á sus labios y empezó á hacer resonar y estremecer la selva con seguidos y agoreros toques. No tardó, guiada por ellos, en precipitarse hacia aquel sitio la mayor parte de la comitiva.

Entonces, el halcón, posado en el varal, abandonó su sitio y empezó á describir anchos círculos revoloteando por encima del estanque y dando agudos chillidos.

Mandó el vizconde de Cardona que se registrara el fondo del agua, y no tardó en encontrarse el cadáver de Ramon Berenguer.

Sacaron los servidores el cuerpo inanimado de su señor, dieron los caballeros sus mejores capas para envolverle, y entre lágrimas y sollozos, emprendió la comitiva el camino de Gerona.

Triste fué la marcha á la ciudad. Todos iban con las lanzas bajas, con la cabeza inclinada, regando con lágrima

mas el camino, y ensayando de cuando en cuando las bocinas lúgubres y melancólicas tonadas.

El cadáver del conde era llevado sobre unas angarillas por don Ramon Folch y otros tres caballeros.

El halcón volaba delante de la fúnebre comitiva.

Así llegaron á la ciudad, y al deponer el cuerpo del conde á la puerta de la iglesia, donde en procesión había salido á recibirle el clero, enterado por un mensajero de la fatal noticia, vióse llegar corriendo y con grandes lamentaciones á Berenguer Ramon, el hermano del difunto que, haciendo esfuerzos para demudar su semblante, cayó de rodillas rasgando el aire con gritos de dolor.

El pueblo pareció compadecer á aquel buen hermano que á tal exceso de desesperacion se entregaba, pero don Ramon Folch, el vizconde de Cardona, contraído el semblante, brotando fuego por los ojos murmuró con voz siniestra estas palabras, que hicieron volver hacia él el rostro de todos cuantos las oyeron:

— ¿Cain, qué has hecho de tu hermano Abel?

En aquel momento tambien los eclesiásticos levantaron en alto la cruz para entonar el *subvenite*, pero el capiscol al ir á pronunciar este verso sintióse turbado por una voz interior, y maquinalmente, á pesar suyo, sus labios se abrieron y murmuró como el vizconde de Cardona:

— *Cain, Cain, ubi est frater tuus Abel?*

Y en fin, como si la Providencia quisiera de todos modos indicar al pueblo el asesino, vióse el halcón que al llegar la comitiva se había posado sobre un escudo de la iglesia, abandonar su puesto, bajar rápidamente, rozar con sus alas la cabeza de Berenguer Ramon, y despidiendo un agudo chillido caer muerto de dolor sobre el cadáver.

Un frio sudor corrió por los circunstantes á todos estos signos; los nobles y el pueblo empezaron á mirarse unos á otros como sorprendidos y señalando al hermano que arrodillado fingía un hipócrita dolor.

En esto, Ramon Folch se adelantó hasta la camilla donde yacía el ensangrentado conde, y apoderándose de la espada que se veía junto al cadáver, la tremoló en alto y exclamó con voz vibrante:

— ¡Nobles, vasallos, pueblo, la sangre derramada caerá gota á gota sobre la cabeza del asesino! Yo, Ramon Folch, vizconde de Cardona, juro vengar á mi señor, y en prenda de mi voto me llevo su espada, y en rehen de mi juramento ahí dejo mi guante.

Y arrojando su manopla, que precisamente fué á caer ante Berenguer Ramon, el vizconde de Cardona partió en medio del silencio mas sepulcral y seguido por los ojos de la multitud, que no le abandonaron hasta haberle perdido de vista.

VIII.

EL JUICIO DE DIOS.

Cuando Berenguer Ramon volvió en sí de la sorpresa que las palabras del vizconde le habían causado, ya este había desaparecido.

Por otra parte, el pueblo, el clero, los nobles, todos se apartaban del fratricida, manifestando su repugnancia. El crimen era evidente. El vuelo de halcón, las palabras extrañas pronunciadas por el de Cardona, la fuerza irresistible y misteriosa que obligara al châtre á repetir las mismas palabras del vizconde, todo se unía para designar al fratricida.

La multitud pues se alejaba de él y murmuraba por lo bajo, dirigiéndosele de todas partes extrañas miradas.

Berenguer Ramon lo comprendió.

Y comprendió tambien que pues estaba descubierto, solo la audacia podía salvarle.

Irguió, pues su cabeza, su mirada volvió á ser altanera, serenó su continente, y dando órdenes para que se hicieran los últimos honores al cadáver, se retiró á su palacio seguido solo por algunos cortesanos, que no vacilaron en acallar la voz de su conciencia para merecer una sonrisa del que iba á ocupar un trono.

Berenguer Ramon, así que hubo llegado á palacio, manifestó su deseo de hablar con Mahalta, la esposa de su hermano, pero Mahalta había desaparecido y con ella el pequeño hijo del asesinado conde.

Previsor y prudente Ramon Folch, había aconsejado esta determinación á la infeliz viuda, obligándola á que se alejara del cuñado para así guarecerse contra los impetus de su ambición, que rota ya la principal valla, debía brindarse á los mayores crímenes.

Por todas partes marcharon mensajeros en busca de los fugitivos, pero supo el de Cardona ocultarlos tan bien á las pesquisas, que la primera noticia que tuvo el conde de su cuñada fué la de que se hallaba en Rodez, á salvo de cualquier ataque y libre de todo atentado.

Tuvo el conde que renunciar á cualquier proyecto que abrigar pudiese contra Mahalta. Entre él y la viuda y el hijo de su víctima estaba como una muralla invencible Ramon Folch, el fiel servidor, cuya firmeza y lealtad se estrellaban todos los planes por astutos, por sutiles que fueran.

Nunca un padre ha velado con mas amor por su hijo, nunca un vasallo ha sido mas fiel á un rey proscrito, de lo que fué Ramon Folch, para Mahalta y para su huérfano. Estos hallaron en él á un tiempo un protector, un vasallo y un escudo.

Los habitantes de aquellas regiones traspirenaicas don-

de se habían acogido Mahalta y su hijo, les mostraron un afecto tal y les dieron pruebas tales de cariño, que no hay duda que á ellos debieron su completa seguridad; pero esto sin embargo, no hizo que nadie por el pronto mas que Cardona, saliera á tomar la defensa del huérfano, y aunque podia el proscrito contar con la lealtad y el amor de los pueblos, le faltaba quien se decidiese á unirse con su único apoyo para arrostrar la cólera del fratricida.

Ramon Folch no por ello se desanimó. Incansable y decidido, dispuesto á ser la providencia de aquella familia fugitiva por el crimen del nuevo Cain, no contento con haber salido solo á llamarse perseguidor del asesino, se aventuró hasta á proponer en un contrato de diezmos á Bernardo Guillermo de Queralt la osada condicion de que le ayudase á vengar con persecucion y guerra la muerte de Ramon Berenguer contra cualesquiera á quienes por esto quisiese declararla al vizconde.

Y no solo esto; disfrazado de peregrino unas veces, de soldado otras, Ramon Folch fué á llamar á las puertas de todos los castillos donde sabia que habitaban hombres adictos á la sangre de Wifredo, y les rogó, les suplicó, les decidió á consagrarse con cuerpo y haciendas, á la causa del huérfano.

Admira tanta lealtad; sorprende tanto heroísmo.

Y es que los Cardonas han sido siempre el apoyo mas firme del trono condal de Barcelona.

Ramon Folch acabó por conseguir lo que anhelaba.

Al cabo de un año del crimen, 19 de mayo de 1084, el obispo de Vich, el mismo intrépido vizconde de Cardona, los Moncadas, y otros barones allegados á la casa condal, asistiendo la viuda y el niño, se congregaban con el conde y condesa de Cerdaña y conferían á estos la tutela del huérfano y el regimiento de sus tierras durante diez años. Por aquel convenio el conde de Cerdaña, Guillermo, se comprometía á vengar con las armas la muerte *injusta é inicua* de Ramon Berenguer, y ellos le prometían en cambio la posesion feudal de la mitad de los estados que segun el testamento gozaba el fratricida, si matándole ó de cualquier otro modo le arrancaba del trono.

Pero, ¿qué podia ese puñado de servidores contra la autoridad y pujanza de Berenguer Ramon?...

El testamento de Ramon Berenguer *el Viejo* estaba terminante. En él se prescribía que si uno de sus dos hijos coherederos moría antes que el otro, la parte del difunto pasase al vivo, y en caso de dejar hijos el finado, el otro gozase la misma parte durante su vida, y solo al morir la devolviese á aquellos.

Y como no todos siguieron el ejemplo de Cardona y sus amigos, y como las ciudades y villas se contentaron con una resistencia pasiva, y como en fin no faltaron poderosos protectores al fratricida que supo con astucias y promesas atraérselos á su partido, resultó que Berenguer Ramon se afirmó en el trono y pudo burlarse de los esfuerzos de aquella liga de barones capitaneada por el decidido conde.

Largo y difuso seria explicar aquí todo lo que sucedió. Baste decir en resumen que los defensores del huérfano se vieron obligados á aplazar la ejecucion de sus intentos, que Mahalta, forzada á ampararse de buen seguro para lo venidero, dió su mano á Aimerico el vizconde de Narbona, y que, en nombre de todos, el vizconde de Gerona Pons y su hijo Geraldo á 6 de junio de 1085 le cometieron la tutela del niño y la gobernacion de lo que á este tocaba en la herencia; bien que le impusieron la condicion precisa de que solo se lo encargaban por once años.

El vizconde de Cardona y Bernardo Guillermo de Queralt fueron los últimos en suscribir á este tratado y se resistieron tanto como las circunstancias de su situacion se lo permitieron. Hubieron de ceder por fin, pero de bien mala gana.

El vizconde no podia ser infiel á su juramento. Aguardó con paciencia todo el tiempo designado en el convenio, pero concluido, el conde de Barcelona recibió un cartel en que Ramon Folch le acusaba de fratricida y traidor emplazándole ante el tribunal de Alfonso VI de Leon y I de Castilla.

Ante esta acusacion capital, resueltamente formulada y apoyada con la autoridad de un soberano como Alfonso, Berenguer Ramon no pudo excusarse. Y no pudo excusarse tanto mas cuanto que Ramon Folch apelaba al duelo y pedia el juicio de Dios.

Ahora bien, las leyes eran terminantes en este punto. En efecto, cuando un caballero se presentaba ante un rey y pedia el juicio de Dios, se enviaba copia de la acusacion ó reto al acusado para que dentro de un término fijado se presentase para defenderse y estar á lo que fuese de derecho. Era forzoso acudir, porque en caso de no presentarse el retado, se le daba por confesado y vencido, y entonces se procedía contra el ausente con bandos, edictos ó pregones, publicándole por reo del crimen y procediendo contra sus bienes.

Berenguer Ramon se guardó pues de rehusar la comparecencia.

El día señalado el conde llegó á la corte de Alfonso y encontró allí, armado de todas armas, al campeón de la buena causa, al mismo Ramon Folch que había jurado vengar al asesinado Ramon Berenguer, llevándose en prenda la espada que reposaba junto al cadáver y dejando en rehen su manopla de caballero.

Ninguna crónica asegura que tuviera lugar el duelo, solo lo dan por probable y la tradicion las apoya á todas en esto, pues que lo afirma.

Los dos campeones bajaron al campo, y allí Berenguer Ramon, midiendo sus armas con el vizconde de Cardona, experimentó la fuerza de su contrario, pues que al

segundo choque cayó disparado del asiento por la lanza de Ramon Folch.

Rápido como el viento, el vizconde se arrojó al suelo así que en él vió á su contrario, y poniéndole un pié sobre el pecho y presentándole la punta de la misma espada de su hermano, le hizo confesar el fratricidio, y arrepentirse del crimen renunciando en favor del huérfano á todos sus derechos á la silla condal.

Deshonrado pues y vencido, el conde tomó la resolución única que podía poner á su vida un término digno del cristiano y del caballero: partió á la Tierra Santa, y haciendo expiación y penitencia, como dice un cronista, de lo que debería ser su gloria, puso por obra hazañas que las historias apuntan, pero no particularizan.

Allí, pues, en la Tierra Santa, murió el fratricida batallando en defensa de la cruz como simple caballero y soportando los sufrimientos de la penitencia como simple peregrino.

Hé ahí como Ramon Berenguer III debió en gran parte su trono á la incansable lealtad del vizconde de Cardona, á quien colmó en cambio de honores y distinciones, guardándole una gratitud eterna.

IX.

EL LAZO NEGRO Y EL LAZO BLANCO.

En otro tiempo, cuando aun recorrian los trovadores las comarcas y deteniéndose en cada castillo cantaban una trova de amor ó de guerra á la familia reunida junto al hogar del castellano, no era extraño oír repetir esta ó una parecida balada:

El señor de Cardona ha partido para la caza.

¡Dios le dé buena caza al señor de Cardona!

Es valiente y es noble, es aguerrido y osado.

Caballero en un corcel fogoso que desafía al viento en la carrera, atraviesa bosques y valles seguido de una numerosa comitiva.

¡Halalí, halalí! ¡apretad los ijares, jinetes! ¡lanzaos á la carrera! ¡la pieza se escapa! ¡cercadla en el soto! ¡Halalí, halalí!

Es que el señor de Cardona está de caza, y cuando el señor de Cardona está de caza parece que la guerra está en el valle.

Los bosques se estremecen, la tierra suena herida por los cascos de los corceles, los montes repiten por todos sus ecos los gritos de los cazadores y los sonos de las boeinas... ¡Hasta los árboles tiemblan!

¡Buena caza, señor de Cardona, buena caza!

Mientras vos correis tras del jabalí que os huye aguzando sus colmillos, vuestra dulce esposa, revolcándose en el lecho del dolor, espera la hora en que podrá hacer gritar desde lo alto de las murallas del castillo por los servidores que arrojen á puñados las monedas al pueblo: «¡Regocijaos, vasallos! al señor de Cardona le ha nacido un hijo; regocijaos!»

¡Buena caza, señor de Cardona, buena caza! ¡Halali, halali! ¡La pieza se os escapa, cazadores! ¡Cercadla en el valle! ¡matadla en el soto! ¡Halali!

— Page, page mio...

Y esto lo dice la vizcondesa entre sollozos, mientras su noble esposo atraviesa el valle y el bosque tras el fugitivo jabalí.

— Page, page mio, mi buen page, por Dios te ruego que bajas á la capilla y que veas si arden ante el altar las lámparas, como tengo encargado.

Ya está de vuelta el page.

Dobla una rodilla ante el lecho donde gime su señora, y la dice:

— Señora mía, doce son las lámparas que arden ante el altar en memoria de los doce santos compañeros de Cristo Señor nuestro. Todas son de plata fina y ricamente labradas, y de cada una, señora, se escapa una lengua de fuego entre oleadas de perfumes que embalsaman el aire.

— Page mio, mi buen page, mi señor y el tuyo está en la caza. Así Dios te dé ventura en lides y así la hermosa á quien ames premie tu amoroso afecto, como vayas á reunirte con mi señor y el tuyo en la caza, tan pronto como haya yo dado á luz el hijo que se mueve en mis entrañas. Si es varon, page mio, atarás á tu brazo derecho un lazo blanco, y deteniendo á tu señor aun en medio de la mas desenfrenada carrera, le dirás: «Señor, la vizcondesa os aguarda.» Si es hembra, mi buen page, atarás á tu brazo izquierdo un lazo negro, ó irás tambien á reunirte con el vizconde en la caza, pero entonces no le dirás nada. Te pondrás á su lado para que te vea el color del lazo y nada mas.

Y la condesa ha caído sollozando y entre gemidos sobre el lecho en que se había incorporado.

— ¡Dadme un varon, Señor, y yo os juro que eternamente arderán entre perfumes las lámparas de plata que se han encendido junto al ara!

El puente levadizo se ha bajado. Un page lo atraviesa á caballo.

¡Cómo corre! ¡ay! ¡cómo corre! la cuesta del castillo la ha bajado volando. Ya apenas se le ve. Ya es solo un punto negro en el valle.

El page se ha reunido con su señor, el señor de Cardona, que está cazando, en el momento en que pone mano al cuchillo de caza que cuelga á su lado para arrojárselo al montero que debe rematar al jabalí ya rendido.

El señor de Cardona ha visto el page, pero ha visto tambien atado á su brazo izquierdo un lazo negro.

El señor de Cardona ha pasado una mano por su frente, ha mirado al cielo con aire de reproche, ha exhalado un hondo suspiro, y acabando el movimiento que habia empezado á la llegada del page, ha sacado de su vaina de plata su cuchillo de monte y se lo ha arrojado al montero para que degüelle al jabalí.

Un año ha pasado.

Las doce lámparas de plata vuelven á arder ante el altar, la vizcondesa vuelve á revolcarse entre gemidos por el lecho del dolor, el vizconde vuelve á estar de caza.

Como el año anterior, el page, el mismo page, vuela á reunirse con el vizconde. Tambien lleva atado un lazo negro á su brazo izquierdo.

El señor de Cardona al verlo, hunde con furia el acicate en el vientre de su caballo y se arroja á lo mas fragoso de la selva, sin salir de ella hasta que las sombras han caído sobre el valle.

Otro año se ha pasado.

Tercera vez vuelven á arder las lámparas, tercera vez vuelve á sentir la vizcondesa un hijo en sus entrañas, tercera vez se ha ido á la caza el señor de Cardona, tercera vez se le ha presentado el mismo page con un lazo negro.

¡Dios te niega un hijo, Ramon Folch, vizconde de Cardona! ¡Dios no quiere darte un varon para que sea espejo de la caballería como su padre! ¡Tres hembras ya y ningún varon! Verdaderamente Dios te castiga. ¿Qué le has hecho á Dios, señor Cardona?

Otro año ha pasado.

Esta vez, al salir para la caza, el señor de Cardona se detiene en el umbral de la estancia donde solloza y gime la vizcondesa.

— Despedíos de mí; señora, dice el señor de Cardona. Si otra vez se me presenta el page con el lazo negro, es que la cólera de Dios me persigue, y ya sin volver al castillo, me voy en peregrinacion á la Tierra Santa. Adios, señora.

Y la condesa no contesta, porque la ahogan las lágrimas.

El señor de Cardona ha partido para la caza.

¡Dios le dé buena caza al señor de Cardona!

¡Halalí, halalí! ¡la pieza se escapa! ¡corred tras ella, cazadores! ¡cercadla en el valle! ¡matadla en el soto! ¡Halalí!

El page llega montado en un caballo cubierto de espuma.

El señor de Cardona le divisa y clava en él los ojos.

Pero esta vez, ¡ay! esta vez lleva envuelto á su brazo derecho un lazo blanco.

El vizconde arroja un grito de júbilo.

— Señores, exclama volviéndose á los suyos, un hijo me ha nacido. ¡Bendigamos á Dios que me da un hijo! Y todos se descubren, y la plegaria entreabren todos los labios.

El jabalí se ha escapado, la caza se ha concluido.

El señor de Cardona vuelve su caballo y se lanza á escape hácia el castillo.

Atraviesa el puente levadizo, sube la escalera, cruza el salon de armas, llega á la estancia de su esposa.

La madre sonriendo le presenta al hijo llorando.

¡Oh, qué hermoso es y qué bello!

De pronto... ¿qué es eso?... el recién nacido deja de llorar, sus ojos brillan con un rayo de inteligencia, sus labios se entreabren, su cabeza se alza erguida...

¡Señor, señor! ¿qué es eso?

El recién nacido habla.

Ahora oireis lo que ha hablado.

— Treinta días pasarán sobre mí, mas allá no viviré. Cerrareis mi cuerpo en un arca y pondreis el arca sobre un caballo al cual dareis libertad. Correrá el caballo á su albedrío, y á su albedrío detendrá su curso. Allá dó pararé será edificado un monasterio y dedicado al Señor Dios y á san Pedro, porque esta es la voluntad del Señor en cuyo nombre os hablo.

El vizconde y su esposa le han escuchado; en sí no pueden volver de su sorpresa.

Y fué verdad lo que dijo el niño recién nacido.

A los treinta días murió el hijo del señor de Cardona, y fué encerrado su cuerpo en un arca, y el arca puesta sobre un caballo, el cual corrió á su albedrío, y cruzó montes y selvas y llanuras, y atravesó el Ter, y ascendió á una de las cumbres de Tirabourg, en el término de Castro-şerras, donde fué edificado un monasterio y dedicado al señor Dios y á san Pedro.

Y en el mismo monasterio se conservaron las reliquias del niño inocente, veneradas todavía por los fieles de Jesucristo.

Tal es la tradicion de los siglos.

Esta es la balada que cantaba el errante trovador á la familia del castellano reunida junto al hogar para escuchar los cuentos ó las trovas del bardo.

A esto añadiremos nosotros que aun existen ahora las ruinas del monasterio de San Pedro de Caserras, fundado en el punto donde, segun la tradicion, se detuvo el caballo con el arca.

Este monasterio hubo de pertenecer mas tarde á la órden del Temple, y luego á los Benedictinos cluniacenses.

El señor de Cardona, á quien suponemos que la balada se refiere, no tuvo ningún otro varon. La esposa pertenecía á la casa de Urgel, y por este enlace los Cardonas se reunieron con aquella tan ilustre como desgraciada familia.

A la muerte del vizconde, volvió á extinguirse la línea varonil de los Cardonas.

El vizcondado pasó á su primera hija, casada con Ramon Roger, conde de Pallars.

El hijo segundo de este matrimonio, pues que el primero se quedó con el condado de Pallars, fué el que á la muerte de su madre se tituló vizconde de Cardona bajo el nombre de Guillen Folch.

X.

LOS DOS PRIMOS.

Varios vizcondes se sucedieron. Cada uno de ellos llevó á cabo hazañas bastantes para enriquecer de gloria á una familia.

Cada vez se iban haciendo los Cardonas mas ilustres, mas célebres. Pocas familias pueden gloriarse de ser como la suya una cadena no interrumpida de héroes.

El nombre de Cardona era por mar y tierra conocido y temido de los enemigos; por mar y tierra respetado. Donde quiera que hubiese infieles que acometer, peligros que arrostrar, hazañas que llevar á cabo, se estaba seguro de encontrar á un Cardona.

En los gloriosos cuadros de nuestros anales, los Cardonas, raza de guerreros titanes, destacan siempre su figura enérgica y sencilla, y al abrir las páginas de nuestra historia, seguro puede estar el lector, nosotros hemos hecho cien veces la prueba, de que allí donde sus ojos tropiecen con un nombre de Cardona, es que hay allí alguna virtud, algun hecho de armas célebre, alguna expedicion gloriosa.

Desde el último vizconde que hemos hallado hasta el primero que vamos á encontrar, la línea varonil no volvió á perderse, pero el tronco tuvo dilatadas ramas que fueron á unirse con las de distinguidas é ilustres familias.

Así es que se vió sucesivamente enlazarse con la casa de Cardona á las casas de Jorba, Mataplana, Olona, Anglesola, Terroja, Foix, Aleman de Cervellon, Ampurias, Pinós, Ager y Cruilles.

Detengámonos un momento aquí para evocar la sombra de don Ramon Folch, décimo de este nombre y vigésimo primer conde de Cardona.

A este, como dice la crónica, por su grande é inexplicable valor y prudencia, y por el acierto grande que tuvo en disponer de sus estados, llamaban comunmente el *Prohom vinculator*.

Sucedió en vida de este vizconde y siendo rey de Aragon y conde de Barcelona Don Jaime el segundo, que se extinguió la nobilísima casa de Urgel yendo á parar de derecho este condado á la casa real de Aragon y al infante Don Alfonso, hijo de Don Jaime.

El infante partió en seguida para tomar posesion del condado, pero se encontró con que le disputan parte de él Ramon Folch, vizconde de Cardona, sus hijos Guillen y Ramon, su primo Ramon de Cardona, señor de Torá y Malgaulin, conde de Ampurias y vizconde de Bas.

Hé aquí lo que habia pasado. Ramon de Cardona, primo hermano del vizconde, era el hombre mas turbulento y revoltoso que se conocía en Cataluña. No vivía sino en la guerra, no servía mas que para la guerra, no consideraba felicidad mayor que la de cruzar un campo de batalla, fuerte sobre los estribos, repartiendo mandobles y estocadas. Era el verdadero tipo de un aventurero de la edad media.

Cuando Ramon de Cardona tuvo noticia de que el infante Don Alfonso se disponía á tomar posesion del condado de Urgel, hizose armar de piés á cabeza, cabalgó en su caballo de batalla; y partió solo á recorrer los estados de su primo, ordenando una leva de vasallos, disponiendo que se fortificasen varios puntos, dando en fin todas las disposiciones necesarias como para una próxima guerra.

Una mañana el vigía del castillo de Cardona anunció que se acercaba un grupo de gente armada. El vizconde subió á las murallas del castillo y vió en efecto dirigirse hacia allí una comitiva como de cien hombres entre jinetes é infantes, pero con gran sorpresa suya estos hombres caminaban á la sombra de una señora que le parecia ser la suya propia.

No le quedó la menor duda cuando la gente armada llegó á las puertas del castillo. El vizconde bajó de la muralla y reconoció en aquella señora el pendon de Cardona, y en aquellos hombres los vasallos de cierto estado suyo.

— Aquí nos teneis, señor, dijo el capitán de la gente al vizconde.

— ¿Y á qué habeis venido? preguntó asombrado al vizconde. ¿Por qué ese traje de guerra? ¿por qué esos militares arreos? ¿cómo es, qué habeis abandonado vuestro pais?

— Señor, vuestro primo don Ramon de Cardona ha venido á decirnos en nombre vuestro que tomáramos las armas y viniéramos aquí á ponernos á vuestras órdenes.

— ¡Mi primo don Ramon!

Y el buen vizconde miraba cada vez mas sorprendido al capitán.

— ¿Será que no somos ya necesarios, señor? dijo este último. Mandad y obedeceremos como fieles vasallos. ¿Debemos volvernos?

El vizconde, indeciso un instante, contestó por fin.

— No: puesto que mi primo os ha dicho que vinié-

rais, él vendrá á decir el por qué de esta órden. Quedaos y acampad en el pueblo.

A la mañana siguiente llegaron cincuenta hombres mas de otro punto. Al otro dia cien caballos, luego otras diversas partidas de gente. Todos venían con la instrucción de don Ramon de Cardona para prepararse á la guerra ó ir á reunirse bajo los muros del castillo. El vizconde estaba asombrado. Su primo le ponía á todos sus vasallos bajo pié de guerra. No comprendía nada de todo aquello.

Por fin, una mañana, cuando ya el vizconde se dispo-

nia á enviar á sus vasallos otra vez á sus casas, el puente levadizo se bajó para abrir paso á un caballero que llegaba sin mas acompañamiento que un simple escudero.

Era don Ramon de Cardona.

— Gracias á Dios que estais aquí, primo, exclamó el vizconde al verle descabalar en el patio de armas, vais á explicarme...

— Primo vizconde, dijo en esto don Ramon interrumpiéndole, mandad que enarbolem nuestra bandera en la torre del homenaje, disponed que salga un escudero á advertir á los jefes de vuestros vasallos que se reunan

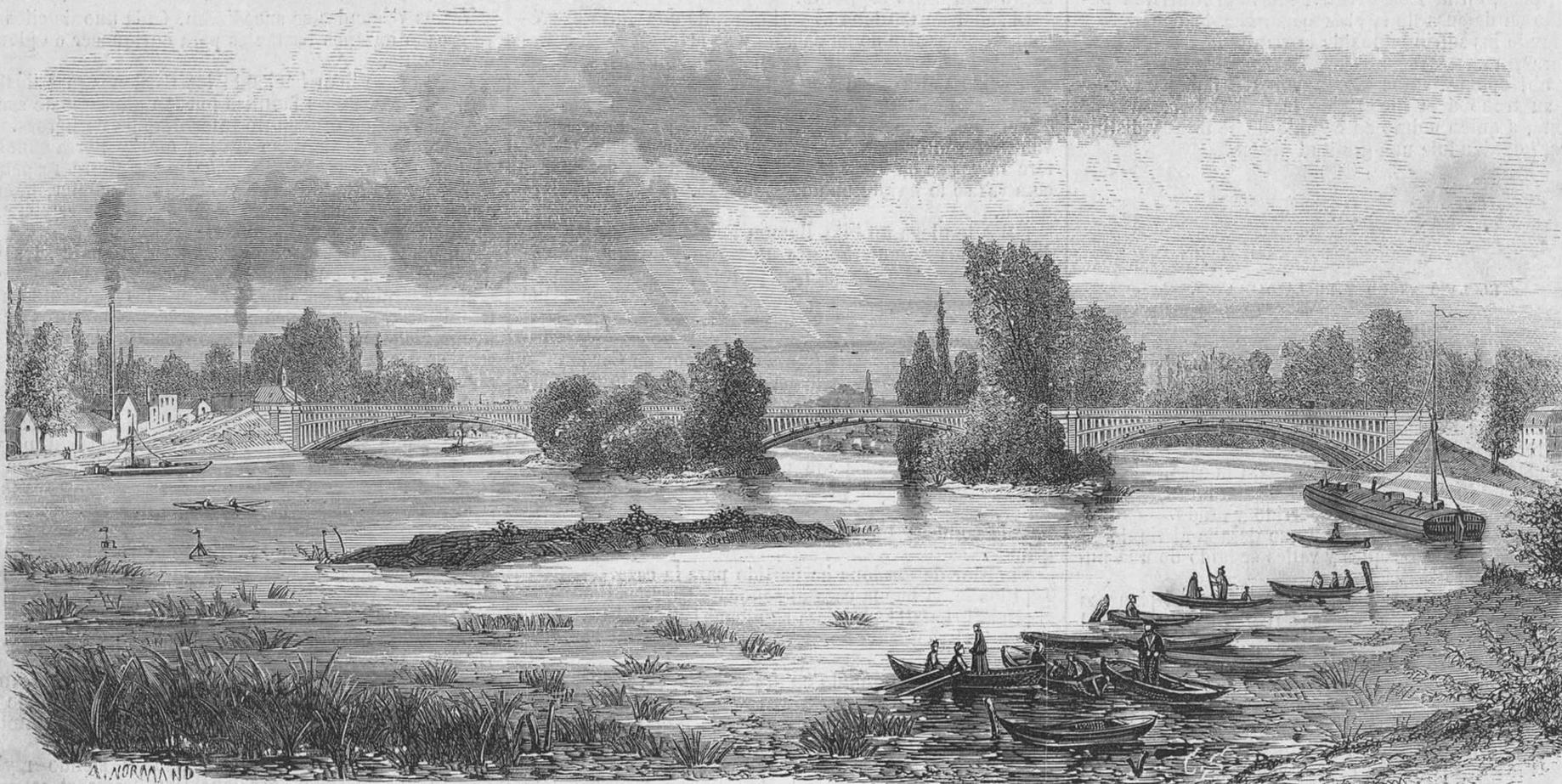
inmediatamente en el patio de armas, vestíos vos la armadura, y preparaos á dar las órdenes convenientes. Hay mucho que hacer y mañana se rompen las hostilidades.

— ¿ Pero qué hostilidades ?

— ¡ Cómo qué hostilidades !

— Pues es claro, dijo el vizconde. Ni entiendo una palabra de todo esto, ni sé en verdad á qué se reduce esta algarabía.

— ¡ Por vida de ! exclamó don Ramon de Cardona. ¡ Ahora salimos con esa ! Medrados hubiéramos quedado



CERCANIAS DE PARIS. — Nuevos puentes de Clichy-la-Garenne, cerca de Asnieres.

si yo hubiese esperado á que vos diérais la órden para armar vuestra gente. En fin, que vengan los jefes y ya vereis como yo les dieto en un instante lo que deben hacer. Dejadme á mi. Tengo aquí, y el de Cardona se golpeaba en la frente al decir esto, tengo aquí todo el plan de la campaña.

— Pero, primo...

— Pero vizconde...

— ¿ Quereis hacerme el gusto de decirme antes de todo por qué habeis armado á mis gentes ?

Don Ramon de Cardona miró al vizconde como sorprendido.

— ¿ Por qué ?... ¡ Toma ! por lo mismo que he armado á las mias.

— ¿ Y por qué habeis armado á las vuestras ?

— Porque vamos á emprender la guerra.

— ¿ Y contra quién, si os place ?

— Contra el infante Don Alfonso.

El vizconde dió un salto.

— ¿ El infante Don Alfonso, el hijo de nuestro rey Don Jaime ?

— El infante Don Alfonso, el hijo de nuestro rey Don Jaime, repitió el de Cardona.

— Pero, ¿ estais loco, primo don Ramon ?

— ¿ Y vos desmemoriado, primo vizconde ?... Vamos á ver, ¿ no sabeis la muerte del conde de Urgel ?

— Sí.

— ¿ Y no sabeis cómo ha dispuesto en su última voluntad de su condado ?

— No.

— Pues ha dispuesto, en resumen, que este pasara todo entero á manos del infante Don Alfonso como casara este con doña Teresa de Enteza que tiene derecho al condado. Ahora bien, como vos, primo, por vuestra línea paterna y yo por la materna tenemos derechos sagrados tambien á cierta parte del condado, he dispuesto armar vuestra gente y la mia y reclamar estos derechos con las armas en la mano.

El vizconde se quedó unos instantes pensativo.

— Es verdad, dijo por fin, tenemos derechos sagrados y que nos imponen la obligacion de mantenerlos, pero creo que habeis obrado con poca prudencia, primo. Antes de apelar á las armas, es preciso hacer brillar la razon á los ojos del infante.

— La razon es la espada, primo.

(Se continuará.)

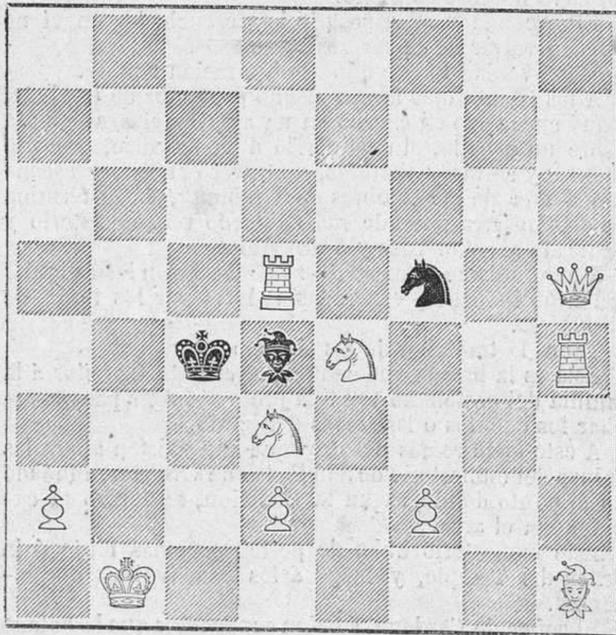
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 305.

- 1 A 4ª R R toma A
- 2 Rª 4ª A jaque R toma Rª ó juega 5ª Rª
- 3 C 3ª Rª jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 306, POR M. ARMAND DEMASURE.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en dos jugadas.

Cercanías de Paris.

LOS PUENTES DE CLICHY-LA-GARENNE.

Para completar el sistema de las vias magistrales que convergen hácia Paris, destinadas á facilitar en todas partes la circulacion de los abastecimientos que necesita la inmensa capital, el departamento del Sena ha rectificado recientemente, en la travesía del pueblecillo de Clichy-la-Garenne, el camino departamental N° 14, que ha tomado el nombre de boulevard de Saint-Vincent-de-Paul. Bruscamente detenido en el Sena, este boulevard no habria tenido salida sin la construccion de los puentes que se ven en nuestro dibujo.

Tres son estos puentes, de iguales dimensiones.

El primero va de la orilla derecha (pueblo de Clichy) á la isla Robinson; el segundo, de la isla Robinson á la isla de la Recette, llamada tambien de los Ravageurs, y que con este nombre hizo célebre Eugenio Sue en una de sus novelas; y el tercero, de la isla de la Recette á la otra orilla (territorio de Asnieres).

Compuestos cada uno de siete arcos de fundicion, estos puentes tienen 60 metros de abertura por 4 metros 60 centímetros, lo que da un arco rebajado. La necesidad de atender á la circulacion importante de los bateros, sin recurrir, sin embargo, á una elevacion excesiva de los puentes sobre el nivel general del boulevard de Saint-Vincent-de-Paul, ha conducido á los ingenieros á imponer esas difíciles condiciones, que MM. Legrand y G. Martin han satisfecho mediante una construccion muy atrevida que hace honor á su entendimiento.

La altura mayor de los arcos es de 90 centímetros, ó sea, con la calzada, un espesor total de 4 metro 20 centímetros. El trabajo máximo de la fundicion es de 5 kilogramos por milímetro cuadrado.

Esta obra se ha hecho por un precio alzado (1.300.000 francos), bajo la direccion de MM. Beaulieu, ingeniero en jefe, y de Fontanges, ingeniero ordinario.

Esos tres puentes, separados por bonitas islas, producen el mejor efecto, como pueden juzgar nuestros lectores por el grabado adjunto. El boulevard de Saint-Vincent-de-Paul, que el año próximo se prolongará hasta el camino departamental de Paris á Argenteuil, debe asegurar una circulacion mas fácil y mas pronta que la que existe actualmente.

C. P.